

PARA TÍTULOS PROFESIONALES DE LICENCIATURA (TERCER NIVEL)

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN

Yo, **WASHINGTON FERNANDO PONCE GAMBOA** con Cédula de Identidad No. **092430043-7**, autor del trabajo de graduación intitulado: "**SECULARISMO Y NUEVA EVANGELIZACIÓN**", previa a la obtención del título profesional de **LICENCIADO EN TEOLOGÍA** en la Facultad Eclesiástica de **Ciencias Filosófico-Teológicas**:

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, 16 de diciembre de 2016



Washington Fernando Ponce Gamboa

C.I. 092430043-7

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR**

*FACULTAD ECLESIAÍSTICA  
DE CIENCIAS FILOSÓFICAS Y TEOLÓGICAS*

*ESCUELA DE TEOLOGÍA*

*DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO  
DE LICENCIADO EN SAGRADA TEOLOGÍA*

**SECULARISMO Y NUEVA EVANGELIZACIÓN**

**Por**

**P. WASHINGTON FERNANDO PONCE GAMBOA**

**DIRECTOR**

**MGT. P. DAVID DE LA TORRE, SSCC.**

**QUITO, 2016**

## **DEDICATORIA**

### ***A Jesucristo:***

*A Él, el único modelo; el punto de partida y de llegada; el Camino, la Verdad y la Vida; el verdadero Amor (San Josemaría Escrivá de Balaguer).*

*A Él, el enviado del Padre, para nuestra salvación; puesto que no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos (Hch 4, 12), sino el nombre de Jesús.*

*A Él, el rostro misericordioso del Padre, quien es autor e inspira la obra evangelizadora de la Iglesia.*

## **AGRADECIMIENTO**

***“Dar gracias a Dios porque es bueno, porque es eterna su misericordia”***

*A Dios Todopoderoso y Misericordioso, Señor de la historia y el tiempo, quien dio buen inicio y llevó a feliz término la elaboración de la disertación.*

*A quienes fueron mis docentes durante los años de estudios de la Sagrada Teología, colaborando generosamente en mi formación sacerdotal para ser un buen pastor al servicio de la Iglesia y la sociedad contemporánea.*

*A ejemplares sacerdotes, quienes me han acompañado en mi proceso formativo para responder al llamado del Señor con alegría y entrega sincera.*

*A mis padres, familiares y verdaderos amigos, quienes siempre me han acompañado en el camino de la vida, siempre me han brindado su ayuda y siempre han orado al Buen Dios para ser fiel a la vocación recibida.*

*Con el corazón, gracias.*

## **ABSTRACT**

*Somos parte de un cambio de época, tanto para la sociedad como para la Iglesia; somos parte de un mundo que adquiere cada vez más un rostro secular, debido al creciente proceso de Secularización iniciado en todas partes hace mucho tiempo atrás.*

*Es meritorio realizar una reflexión sobre este tema, porque está en juego el futuro de la fe cristiana; aunque no es impedimento para vivir la fe, y la fe de las personas puede permanecer viva y operante en un mundo que se ha hecho secular.*

*La Iglesia mira con buenos ojos una positiva Secularización, donde el mundo se explica sin que sea necesario recurrir a Dios; acoge la intención inicial de poder vivir en el mundo como si no existiese ningún Dios; Dios mismo nos conduce a esta conciencia: nos hace saber que debemos vivir como hombres que pueden arreglárselas sin Él.*

*Luego, el hombre de hoy parece vivir una verdadera experiencia de desierto, de oscuridad de Dios, de indiferencia ante el Creador, de vacío del alma, sin conciencia de la dignidad y rumbo del hombre; pero la Iglesia debe ponerse en camino como Cristo para rescatar a los hombres de esas situaciones y conducirlos a la Vida, a la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la felicidad, que nos da una vida en plenitud.*

*En este mundo posmoderno con sus complejidades, es necesario volver a proponer con fuerzas el Evangelio al hombre, el mismo contenido pero renovado en su ardor, en su método y en su expresión; lo que llamamos una Nueva Evangelización. Pues, la Iglesia como don de Dios al mundo, no puede ser indiferente, y se propone ayudar al hombre en el camino de la Salvación, que consiste en el anuncio de la Persona de Jesús de Nazaret ya que solo en Él puede el hombre ser hombre, puede tener dignidad y puede realizarse; el hombre necesita de Dios, su fundamento y su perfección; muy contrario a lo que pretende el Secularismo: una negación de Dios que es una negación del hombre.*

# **CONTENIDO**

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>1</b>
<b>CAPÍTULO I</b>	
<b>LA SECULARIZACIÓN Y EL SECULARISMO</b>	
<b>1.1 La Secularización: Intención Original y su Evolución en la Historia</b>	<b>5</b>
<b>1.2 El Secularismo: Contradicción a un Noble Proyecto Inicial</b>	<b>11</b>
<b>1.3 Humanismo Ateo: Dios al margen de lo Humano. La Destrucción del Ser Humano.</b>	<b>17</b>
<b>CAPÍTULO II</b>	
<b>DIGNIDAD Y VOCACIÓN DEL HOMBRE: CAPAX DEI</b>	
<b>2.1 Dignidad y Grandeza del Hombre</b>	<b>23</b>
<b>2.2 Vocación del Hombre y la Bienaventuranza Eterna: Capax Dei.</b>	<b>29</b>
<b>2.3 Plenitud del Hombre en Cristo</b>	<b>34</b>
<b>CAPÍTULO III</b>	
<b>IGLESIA DE JESUCRISTO PARA UNA NUEVA EVANGELIZACIÓN HOY</b>	
<b>3.1 La Iglesia, Don de Dios y Portadora de Jesucristo</b>	<b>40</b>
<b>3.2 La Iglesia y la Promoción de la Dignidad Humana</b>	<b>47</b>
<b>3.3 Urgencia de una Nueva Evangelización</b>	<b>54</b>
<b>CONCLUSIONES</b>	<b>64</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>68</b>

# INTRODUCCIÓN

Pertenecemos a la era de la Posmodernidad. Somos testigos de una realidad marcada por grandes cambios que afectan profundamente nuestras vidas, y el mundo en general. Vivimos en un mundo que avanza, nuevos son los desafíos y los acontecimientos que involucran al hombre: *un cambio de época tanto para la sociedad como para la Iglesia* (González-Carvajal, 2003, pág. 7). Causas, como la Secularización, han creado un nuevo contexto histórico. Evidenciamos un mundo bajo la influencia de la Secularización.

La Secularización –del latín *saeculum*, que significa “siglo”, “edad”, “época”; “el mundo”, “la vida del mundo”– puede ser que, como palabra culta, no forme parte del vocabulario popular, pero sí designa la realidad que es percibida hoy. Sin embargo, es meritorio realizar una reflexión sobre ella, porque está en juego el futuro de la fe cristiana.

La Iglesia ha afirmado la Secularización en sus aspectos positivos, al reconocer la justa autonomía de las realidades temporales, que tienen sus leyes propias, su valor propio, independientemente de la religión. Este proceso iniciado en la Modernidad, llevó a sectores enteros de la realidad a dejar de depender de criterios religiosos y comenzaron a responder a criterios establecidos por la razón; muchas tareas ejercidas por la Iglesia pasaron a la sociedad civil. No es la simple distinción entre esfera política y religiosa, lo cual no significa ningún impedimento para vivir la fe; pues, la fe de las personas puede permanecer viva en un mundo que se ha hecho secular. Sin embargo, éste proceso al extremarse llegó a Secularismo, la versión atea de la secularización, pues corta con toda relación con Dios y deja el mundo sumergido en la inmanencia; Dios resulta superfluo y hasta un obstáculo, para conseguir realzar el poder del hombre debiendo relegar de Él (EN, 55).

La evolución de este fenómeno tuvo consecuencias diversas e incluso opuestas a lo que fue su intención original. Y hoy, muchos hombres interpretan su vida y su persona como realidad única y autosuficiente, desentendiéndose de su fundamento.

A pesar de ello, algo se quiere rescatar de la intención original con la que inició la Secularización, poder *vivir en el mundo como si no existiese ningún Dios; Dios mismo nos conduce a esta conciencia: nos hace saber que debemos vivir como hombres que pueden arreglárselas sin Él*, según Dietrich Bonhoeffer quien ha profundizado en este programa

(R. Galetto, G. Berzosa, 2012, pág. 165). Además, surge con fuerza la tarea de volver a proponer el Evangelio al hombre de esta época compleja, lo que llamamos Nueva Evangelización: no como una estrategia de la Iglesia para mantener situaciones de poder, sino el anuncio del mismo contenido pero renovando en su ardor, en su método y en su expresión.

Por supuesto, la realidad de nuestro tiempo debe ser examinada con suma atención, esto es, exige la búsqueda de nuevos análisis, nuevas síntesis y alguna propuesta; eso es para nosotros un desafío. Desde luego, la Iglesia no es indiferente a esta situación, y más bien, descubre que hay un trasfondo: se vive en un tiempo en el que las personas viven la propia vida como una verdadera experiencia de desierto, de oscuridad de Dios, de vacío del alma, sin conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre; la Iglesia debe ponerse en camino como Cristo para rescatar a los hombres de ese desierto y vacío y conducirlos al lugar de la Vida, a la amistad con el Hijo de Dios hacia Aquel que nos da la vida, una vida en plenitud (La Nueva Evangelización para la Transmisión de la Fe Cristiana, 12). Entonces, en ese contexto desarrollamos esta disertación, haciendo la siguiente pregunta: **¿Por qué contrariamente a lo que afirma el Secularismo, la negación de Dios es la negación del hombre?**

Con la Teología, y con la ayuda de otras ciencias, queremos aclarar el verdadero proceso de secularización, tan positivo, que no convierte a Dios en un obstáculo ni consigue que el hombre lo sobrepase y se deshumanice. Además, para defender la dignidad que tiene el hombre en el mismo Dios, quien es su fundamento y perfección (GS, 21). Pues, también hoy *el hombre del tercer milenio desea una vida auténtica y plena, tiene necesidad de verdad, de libertad profunda, de amor gratuito; también en los desiertos del mundo secularizado, el alma del hombre tiene sed de Dios, del Dios vivo* (R. Galetto, G. Berzosa, 2012, pág. 157).

El desarrollo de la disertación es una reflexión teológica con el apoyo de las Ciencias Humanas como la Filosofía, la Antropología, la Historia, la Sociología, entre otras. Además, cuenta con el auxilio de la Patrística, las Sagradas Escrituras, el Magisterio de la Iglesia y el aporte de los teólogos actuales; sin olvidar, el área pastoral, que nos permita hacer una praxis en consonancia con la tarea evangelizadora de la Iglesia, fiel al mandato de Jesucristo, que responda a las necesidades urgentes de nuestra época. El desarrollo de la



disertación, que tiene por tema “**Secularismo y Nueva Evangelización**”, considera tres capítulos:

En el primer capítulo, se intenta ofrecer una definición del término Secularización, para conocer su verdadero significado y dar paso a oportunas aclaraciones; sin olvidar su complejo y multidimensional proceso histórico cultural característico en la historia de la humanidad y la Cristiandad. Es presentado como el noble proyecto de vida que defiende la autonomía humana y la dignidad de la persona. Pues, en su intención original, está basado en una justa autonomía de las realidades temporales capaz de reconocer en la naturaleza de las cosas, valores, leyes propias que orientaban la vida en todas sus dimensiones, con independencia de la religión. Todo se encamina a lograr vivir en el mundo sin recurrir a Dios para explicar un orden social determinado; entendido como la verdadera secularidad o sana laicidad (R. Galetto, G. Berzosa, 2012, pág. 165). Pero, dicho concepto evoluciona, y aquello implica ciertamente un problema semántico, y desde luego, conlleva consecuencias bien diversas; fruto de ello tenemos el Secularismo, como la versión atea de la Secularización. Ambos fenómenos son diferenciados en esta primera parte, ya que el Secularismo se desentiende de su fundamento, decide por poner a Dios al margen de lo humano y constituye, en términos nuevos, un “humanismo actual”: la “edad adulta” del hombre, una edad madura de la sociedad donde el ser humano es autosuficiente. Esto conlleva a un Humanismo ateo, que supone la afirmación del ser humano por sí—exaltación del hombre, como centro y fin último de la realidad—, afirmación que pasa por la negación teórica de Dios.

En el segundo capítulo, desarrollamos el tema de la Dignidad y la Vocación del hombre, como aquel ser único y especial creado por Dios, y solo capaz de Dios —*capax Dei*—. Siendo necesario atender la grandeza del ser humano —como ser dotado de entendimiento y de voluntad y que camina hacia la plenitud—, contrario a las intenciones del Secularismo, pues, solo en su Creador puede el hombre reconocer su dignidad y grandeza: “Tú nos hiciste para Ti” (San Agustín de Hipona). Por otra parte, se defiende la dignidad que tiene el hombre en el mismo Dios, quien es su fundamento y perfección. El hombre tiene una vocación especial. Él está llamado a vivir con Dios, puesto que el hombre es un ser capaz de entrar en diálogo con Dios, capaz de entrar en relación personal con Él; desde luego, esto supone escuchar una llamada y una respuesta mediante un compromiso libre (Gastaldi, El Hombre un misterio, 2003, pág. 238). Luego, su dignidad y

grandeza se realizan en dicha vocación; y por supuesto, corresponde al ser humano llegar libremente a esta realización, la felicidad. Pero, el hombre por sus solas fuerzas no se plenifica; el hombre en la tarea de su realización, de alcanzar la plenitud, de llenar su capacidad de infinito necesita de la ayuda de Cristo, el Hijo que se hace hombre para salvar al hombre. Presentamos a la Persona de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, donde el ser humano halla su plenitud humana; de tal manera que el Cristianismo es considerado como la buena noticia para todos los hombres y culturas de todos los tiempos.

Y, por último, en el tercer capítulo, ante una nueva condición de la humanidad, aparece la Iglesia como don de Dios y portadora de Jesucristo. Desarrollamos sobre la Iglesia, sal de la tierra y luz del mundo (Mt 5, 13-14) y fiel al mandato recibido del Señor, que se siente llamada con más urgencia a salvar y renovar a toda criatura; Ella no puede ser indiferente. La Iglesia se dirige al hombre insertado en la compleja trama de relaciones de la sociedad moderna, con todas sus ordenaciones estructurales, es decir, política, económica, jurídica y cultural. Se destaca la tarea evangelizadora de la Iglesia y su promoción humana, ya que la Iglesia se propone ayudar al hombre en el camino de la salvación, que consiste en el anuncio de la Persona de Jesús de Nazaret. Solo en Él, el hombre se puede realizar: el hombre necesita de Dios que tiene rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo. Además, en este apartado, se presenta la necesidad urgente de volver a proponer el Evangelio de Jesucristo: se habla de una nueva Evangelización – nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión– como lo han afirmado los últimos Pontífices. Desde luego, frente a los desafíos de la situación contemporánea a causa del Secularismo, es vista como la tarea pastoral más urgente de toda la Iglesia hoy: una invitación por Jesús a lanzar de nuevo la red, a remar mar adentro (Lc 5, 4).

En definitiva, la realidad del Secularismo cuestiona, y eso nos invita a la Iglesia de Cristo a considerar las palabras de Benedicto XVI: La Iglesia en su conjunto, y en ella sus pastores, como Cristo han de ponerse en camino para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud (PF, 2).

Es tiempo de una Nueva Evangelización en la era de la Posmodernidad, donde la sociedad y la vida del hombre creado por Dios, están marcados por la influencia negativa del Secularismo.

# CAPÍTULO I

## LA SECULARIZACIÓN Y EL SECULARISMO

### 1.1 LA SECULARIZACIÓN:

#### INTENCIÓN ORIGINAL Y SU EVOLUCIÓN EN LA HISTORIA

Somos testigos de un mundo que adquiere cada vez más un rostro secular. Y eso se debe al creciente proceso de **Secularización**<sup>1</sup> iniciado en todas partes hace mucho tiempo atrás; proceso que se ha ido adueñando progresivamente de la definición global de la realidad; proceso que ha señalado un cambio, una nueva época en la historia. Un proceso incesante -que está en marcha- de emancipación de la actividad social y política del hombre de los tradicionales contenidos religiosos que la determinaron en otros tiempos (Cox, 1973, pág. 5).

Ciertamente, que la Secularización acontece y coincide con el tiempo de la Modernidad.

Vale mencionar que, antes de la Secularización, todas las realidades sociales (política, economía, costumbres, etc.) se apoyaban en la religión. En tiempos anteriores, el hombre se sentía sostenido y llevado desde la infancia hasta la ancianidad por las estructuras basadas en lo religioso tradicional, comenzando por las estructuras de la vida familiar y del vivir cotidiano, pasando por las del trabajar y celebrar, hasta las de la política, del Estado y de la Iglesia (Kung, 2007, pág. 765). Las sociedades se caracterizaban por el puesto hegemónico de la religión. El ciudadano era globalmente religioso, de tal forma que los acontecimientos personales (nacimiento, enfermedades, casamiento, profesión, etc.) y sociales (fiestas, costumbres, leyes, tradiciones, folklore, instituciones sociales y creencias colectivas) se relacionaban directamente con Dios. La referencia a Dios venía dada por la

---

<sup>1</sup> La palabra Secularización proviene del latín *saeculare* (que significa “siglo” y también “mundo”), y ésta a su vez se deriva de la palabra *saeculum* (que significa “esta era”). De ahí que secular se refiera a todo aquello que es mundano, por oposición a lo espiritual, lo santo, o lo divino. De *saeculum* también deriva la palabra “seglar”, con la que se designa a los miembros de la Iglesia que no son clérigos. Así pues, secular se opone a religioso, como profano se opone a sagrado ([www.wikipedia.org](http://www.wikipedia.org)).

Viene del latín *saeculum*. En el latín clásico significaba “siglo”, o bien “edad”, “época”. En el latín eclesiástico significa “el mundo”, “la vida del mundo”, “el espíritu del mundo”. Esta acepción del latín eclesiástico es la que está detrás de la palabra Secularización (González-Carvajal, 2003, pág. 8).

misma cultura, toda ella impregnada por lo religioso, y la fe personal se apoyaba en un contexto social favorable a los valores de la religión. No había espacios estrictamente profanos porque lo religioso impregnaba la vida. El hombre de la época era todo él religioso, y todo acontecimiento se veía como voluntad divina. Incluso, la pertenencia grupal, el patriotismo y las virtudes cívicas estaban penetrados por lo religioso, con lo que la adhesión a la religión se daba de forma espontánea. Era mínima la crítica hacia la religión. Había apoyo mutuo entre la Iglesia y el Estado. La Iglesia llega a ser importante como núcleo de civilización y cultura. Por voluntad de Dios había gobernantes y pueblo. Desde luego, la Iglesia, gozaba de reconocimiento social, ya que sus funciones eran indispensables para el bienestar común; ella avalaba el orden social, político y cultural, en cuanto se remitía últimamente a la voluntad divina (Estrada J. A., 2006, págs. 104-107) .

No es fácil definir el término Secularización. Sin embargo, podemos decir que es *inicialmente un proceso de emancipación respecto de la Iglesia y la Jerarquía, más que un rechazo de Dios* (Estrada J. A., 2006, pág. 109). La Secularización designa un proceso en el que una realidad sacral, es decir, comprendida y vivida por su referencia al mundo de lo sagrado, pasa a ser comprendida y vivida en referencia a la realidad no religiosa o profana. El término significaría el paso de una situación socio-cultural en la que el conjunto de la vida se entendía por su referencia a significaciones religiosas -como sucedía anteriormente-, a otra en que los diferentes aspectos de la existencia son comprendidos y vividos desde su referencia a valores no religiosos (Velasco, La Religión en nuestro mundo, 1978, pág. 71).

Ciertamente que el descubrimiento de las leyes de la naturaleza fue una de las causas del fenómeno de Secularización, de honda repercusión en el campo religioso. Pues, sectores enteros de la realidad dejaron de depender a criterios religiosos y comenzaron a responder a criterios establecidos por la razón. Muchas tareas antes ejercidas por la Iglesia, pasaron a la sociedad civil. *No por eso fueron automáticamente antirreligiosos, ya que la fe de personas puede permanecer viva y operante en un mundo que se ha hecho secular* (Gastaldi, El Hombre un misterio, 2003, pág. 15).

Iniciado el proceso de secularización, la explicación de la naturaleza, la concepción de la historia, la vida cotidiana y el lenguaje estaban cada vez menos marcados por lo religioso, se habían hecho mundanos, seculares (Kung, 2007, pág. 765). Así, el proceso de Secularización avanzaba y se hacía cada vez más claro, que no se refería solo al traslado de

bienes eclesiásticos al uso mundano de hombres y Estados; por el contrario, que todos los sectores importantes de la vida humana -ciencia, economía, política, derecho, Estado, cultura, educación, medicina, bienestar social- debían escapar a la influencia de las Iglesias, de la teología, la religión y pasar a la responsabilidad y disposición del hombre, hecho razonable, mayor de edad, secular, mundano. De ese modo, el mundo mismo del hombre se convertiría en un mundo secular, mundano (Kung, 2007, pág. 690).

Como vemos, se trata de un proceso de progresiva “mayoría de edad” que va teniendo lugar por superación gradual del estado de “minoría de edad” que históricamente había hecho inevitables ciertos tutelajes (por parte de la religión, la mitología, la metafísica...) a la hora de afrontar y comprender la realidad; de ahí que este proceso conlleve procesos convergentes y complementarios de desencantamiento (enseñoramiento del mundo), de desmitologización, desacralización, desideologización, etc. Desde luego, la secularidad constituye aquella modalidad de realización por la que el hombre -según Comte- alcanza la mayoría de edad, tiene experiencia de su adultez y la asume conscientemente. Por ende, la secularidad constituye la modalidad de realización del hombre moderno en cuanto tal (Rubio, El Contexto de la Modernidad y de la Postmodernidad, 1992, págs. 126-127).

No nos cabe duda de que la Secularización es un fenómeno cultural como resultado de un largo y complejo proceso histórico. Y este proceso, también tiene algunos significados importantes a considerar, como: la eliminación de todo lo que en el mundo hay de sobrenatural y misterioso (desacralización), concibiendo el mundo completamente racional; la diferenciación y progresiva emancipación de las realidades profanas respecto de la religión; la reclusión de la religión en la esfera privada; el declive de la religión en las sociedades modernas hasta quedar recluida en algunas minorías con riesgo de extinción (descristianización); fenómeno al interior de las Iglesias interesadas cada vez más por las cosas del mundo (mundanización) (González-Carvajal, 2003, págs. 11-12).

Pero, es necesario hablar de la Secularización en su sentido positivo, tan necesaria ésta como el legítimo proceso de autonomía de las realidades terrestres (seculares) y de la acción del ser humano en su comprensión y transformación; donde la sociedad no debe ser divinizada o absolutizada, sino que debe ser vista como algo histórico y relativo, ya que sólo Dios es finalmente sagrado y absoluto. Es hablar de una concepción del mundo según la cual este último se explica por sí mismo sin que sea necesario recurrir a Dios (EN, 55). En realidad, ésta es la intención original de la secularización.

La Secularización hizo que retrocediera la religión como “institución de poder” y ayudó a purificar la imagen de Dios que maneja los fenómenos como títeres, e invitó al hombre a ser más responsable (Gastaldi, *El Hombre un misterio*, 2003, pág. 15).

La Secularización no es negativa, por el contrario, comportaba un noble proyecto, defender la autonomía humana y la dignidad de la persona. Su intención original, comportaba un noble proyecto de vida, basado en una autonomía humana capaz de reconocer en la naturaleza de las cosas, y sobre todo en la dignidad de la persona, valores que orientaban la vida en todas sus dimensiones: se impone el deber de vivir en el mundo sin recurrir a Dios para explicar un orden social determinado; *llegamos a la conciencia de saber que debemos vivir como hombres que pueden arreglárselas sin Dios; es la verdadera secularidad o sana laicidad que aprobaba Benedicto XVI* (R. Galetto, G. Berzosa, 2012, pág. 165).

Por su parte la Iglesia, acoge con agrado y asume el proceso de la Secularización en el sentido de una legítima autonomía de lo secular como justo y deseable, puesto que se habla de una necesaria autonomía de lo temporal, pues la realidad creada es independiente de Dios ya que goza de propias leyes y valores que el hombre ha de reconocer, cosa no contraria a la fe (GS, 36); y, se habla de que el mundo ha de ser explicado por sí mismo sin que sea necesario recurrir a Dios, sin que haya incompatibilidad con la fe y la religión (EN, 55). La Iglesia, en el Concilio Vaticano II, aceptó cordialmente el hecho de la Secularización luego de unas décadas en que algunos de sus miembros tenían una postura de condena y combate. Con ello, la Secularización también supone el final de un tiempo en que la Iglesia tenía la última palabra en todas las esferas de la vida (González-Carvajal, 2003, pág. 49).

Desde luego hay que reconocer que una serie de factores llevaron progresivamente a un nuevo tipo de sociedad, a la sociedad secular. Hay varios acontecimientos históricos que han ido colaborando en el proceso de secularización y que pertenecen a la definición de dicho término:

El término se origina en las deliberaciones previas a la Paz de Westfalia<sup>2</sup>. La palabra fue propuesta por el embajador francés Longueville en abril de 1646. Se buscaba un

---

<sup>2</sup> El término se refiere a los dos tratados de paz de Osnabrück y Münster, firmados el 15 de mayo y 24 de octubre de 1648, por los cuales finalizó la Guerra de los Treinta Años en Alemania y la Guerra de los

término de uso neutral que facilitara el arreglo diplomático de intereses, y éste ofrecía mayores posibilidades ya que lo secular no contenía aún implicaciones teóricas importantes referidas a la autonomía o al contraste de lo sagrado. El término Secularización hacía posible denominar –por el momento– el paso de los bienes eclesiásticos a la propiedad de los laicos, en casos determinados y concretos. Pero más tarde, a principios del siglo XVIII, en el Tratado de Westfalia aparece este término, asumiendo una significación más consistente, frente a la cual lo sagrado tenía que defender sus derechos. Luego, la Ilustración con su racionalismo y la Revolución Francesa facilitaban el avance de la Secularización. Y con la participación de algunos pensadores destacados aciertan en ver claramente una distinción entre Iglesia y Estado, en un tiempo en que lo secular era absorbido y divinizado. Aunque más tarde el significado de este término se identificó con la usurpación ilegítima de los bienes de la Iglesia. Sin embargo, era necesaria una autonomía de lo temporal (Iguacen, 1973, págs. 18-21).

También, como característico de este ambiente de Secularización nace la ciencia experimental; la filosofía, la economía y la política adquieren un ámbito propio de reflexión y puesta en práctica; la atención se pone en la persona humana, en la historia, en lo que no se conoce y se desea explorar, dando lugar también a los descubrimientos geográficos. Es propio el avance de las ciencias modernas, la consagración del derecho positivo y de la moralidad profana de la sociedad, y el pluralismo religioso (Dicasterio para el Clero, 2004).

Además, en ese proceso distinguen varios estadios en la evolución del concepto de Secularización. Así, la primera vez, secularización significaba un concepto político-jurídico neutro, al no tener una connotación necesariamente negativa para la Iglesia ni para sus partidarios. Designa sólo el paso de determinadas instituciones del poder espiritual al poder temporal. Es más, algunas de esas secularizaciones fueron promovidas directamente por la misma Iglesia. En segunda ocasión, en el plano de la filosofía de la historia y de la cultura, su significado estaba en estrecha relación con el proceso de emancipación de la sociedad burguesa. Es en este momento cuando se entabla una oposición de fondo entre el

---

Ochenta Años entre España y los Países Bajos. Con ello, se estableció el principio de que la integridad territorial es el fundamento de la existencia de los Estados. Marcó el nacimiento del Estado nación ([www.wikipedia.org](http://www.wikipedia.org)).

presente histórico (época moderna), y el pasado o la tradición. Se pasa, a un significado ideológico y valorativo de secularización como sinónimo de laización o emancipación del dominio de la Iglesia en la sociedad moderna. Y, finalmente, existe una tercera etapa en esta evolución semántica de la palabra Secularización, en la que se le da el sentido de emancipación radical del hombre moderno con respecto a todo poder divino. Es la etapa del ateísmo moderno, en la que se denuncia todo tipo de dependencia religiosa con respecto a Dios, por considerarla como una alienación absoluta e incompatible con la afirmación de la plena autonomía del hombre restituido finalmente a sí mismo (J. M. Rubio Ferreres, 1998).

Pero, más allá de mayores precisiones históricas, de lo que se trata es de una toma de conciencia más aguda de la valoración positiva de la legítima autonomía de las realidades terrenas, es decir, seculares, y de la acción del ser humano en su comprensión y transformación. Pues, en un mundo maduro debemos ser creyentes maduros, articulando correctamente las relaciones entre Dios y el hombre. En mundo que ha alcanzado su mayoría de edad –por la Secularización– tenemos que renunciar a servirnos de Dios como tapagujeros de nuestras ignorancias o impotencias; pero sin dejar por ello de apoyarnos íntimamente en Dios. Considerar la fórmula admirable de Bonhoeffer: “Ante Dios y con Dios, vivimos sin Dios” (González-Carvajal, 2003, págs. 154-155).

Para finalizar, la Secularización viene a coincidir con un proceso de emancipación real de la vida humana y de la razón histórica, en relación con un cierto modo de entender el saber riguroso o también en relación con el modo de vivir la religión en la propia circunstancia personal y social. El proceso secularizante procura entender los diversos sectores vitales de un modo inmanente a la propia realidad humana, independientemente de los axiomas metafísicos o incluso de ciertas normas religiosas del pasado ([www.mercaba.org](http://www.mercaba.org)). Pero, la tesis de la Secularización abarca fundamentalmente el campo de la transformación socio-cultural de la sociedad, y en este sentido, el proceso de secularización expresa un proyecto que aún está por terminar.

En definitiva, la Secularización no tiene ningún interés en perseguir la religión. Simplemente pasa por alto y socava la religión y se vuelve a otras cosas. Implica un proceso histórico, casi ciertamente irreversible, en el que la sociedad y la cultura son liberadas de la tutela del control religioso y de las cerradas concepciones metafísicas del mundo. Es un desarrollo liberador.



Sin embargo, nos podemos dar cuenta de una evolución del concepto de Secularización, y en esta historia se distinguen varios estadios, pero eso implica ciertamente un problema semántico, y también consecuencias bien diversas. Así es, la evolución de este fenómeno ha tenido consecuencias opuestas a su intención original (J. M. Rubio Ferreres, 1998). Al parecer aquella intención original de la Secularización perdió su norte, su finalidad, y desembocó en lo inesperado: el Secularismo, es decir, en la Secularización mal entendida, que consiste en poner a Dios al margen de lo humano y constituye –donde dominan una mentalidad hedonista, consumista y relativista– un “humanismo actual” (Consejo Pontificio de la Cultura, 2004). Desde luego, el Secularismo siempre debe ser distinguido cuidadosamente de la Secularización, como una ideología que amenaza al hombre, y quiere su destrucción.

## **1.2EL SECULARISMO:**

### **CONTRADICCIÓN A UN NOBLE PROYECTO INICIAL**

Claro está que, el Secularismo siempre debe ser distinguido cuidadosamente de la secularización.

Entendemos bien a la Secularización como algo tan favorable, honesto, necesario y noble, basado en la autonomía humana capaz de reconocer en la naturaleza de las cosas, y sobre todo en la dignidad de la persona, valores que orientaban la vida en todas sus dimensiones. Que puede describirse como la mayoría de edad alcanzada por el mundo, donde la naturaleza, las personas, las instituciones, son originalmente seculares: tienen objetivos, leyes, estructuras inmanentes que deben ser respetadas (no interferidas) por lo religioso. El mundo que intentamos transformar, el mundo del que formamos parte, conoce, cada vez en mayor medida, las leyes que lo rigen y trata de aplicarlas. El hombre está tomando conciencia de sí mismo, de su vocación, de sus posibilidades, y quiere realizarlas sin acudir a la intervención inmediata de Dios. Dios nos ha creado capaces de prescindir de Él en lo inmediato, en cuanto que nos ha hecho seres dinámicos, sociales y libres. Él no quiere rebajar la autonomía de lo creado (J. Cervantes, 2003).

Y, haciendo distinción del Secularismo, no consiste en cualquier tentativa encaminada a polarizar, dígase oponer secularización y religión, secularización y mitología, etc. Pues, la

pretensión de hacer a la Secularización anti-religiosa, anti-mitológica es contradictoria e inconsistente: la desfigura como dualista y deshumanizadora (al negar en el hombre cualquiera de sus dimensiones constitutivas, como la religiosa o la simbólica, le deshumaniza). *La desacralización, la desmitologización, etc., a que procede el proceso de secularización no equivale eliminar los aspectos religiosos, mitológicos, etc., sino a reajustar sus funciones y equilibrar su significado en las debidas proporciones de la realidad tal* (Rubio, El Contexto de la Modernidad y de la Postmodernidad, 1992, pág. 127).

Pero, el Secularismo gana terreno en el proceso histórico de Secularización de la sociedad. Diversos factores contribuían a esta contradicción: La supremacía otorgada al príncipe lo convierte en árbitro y agente de la paz política y religiosa. El orden político se impone al religioso y la cuestión de la religión se convirtió en un asunto de Estado. El pluralismo religioso y los enfrentamientos de las distintas iglesias cristianas consiguen una relativización del mismo Cristianismo en favor de una religiosidad natural. La creencia racional de Dios se desentiende de las iglesias, y se relativiza las mediaciones eclesiales. La moral natural desplaza a la religión, y los derechos humanos y ciudadanos tienen relevancia como instancia moral última. Los maestros de la sospecha –Feuerbach, Marx, Nietzsche y Freud– critican fuertemente la religión como alienación, lo que conlleva un retroceso en favor de la ciencia. El ámbito científico se impone a lo religioso (Estrada J. A., 2006, págs. 110-111).

El ateísmo surge cuando se absolutiza el mundo contingente y finito, y hace innecesario un Dios trascendente. Dios deja de ser una hipótesis para explicar los fenómenos naturales, y su existencia no es avalada por ninguna base empírica, y se lo plantea como una mera construcción humana. Progreso y modernización son la novedad. Una concepción comtiana de la vida, en la que la ciencia corresponde a una etapa madura de la sociedad, superando las anteriores en las que prevalecía la religión y la metafísica, se impone. La crisis global del Cristianismo ante la emergencia de las sociedades democráticas, industriales y liberales, fue un hecho constatable. Se conjugaron dos factores claves, la modernización estructural y la creciente tendencia al individualismo en la sociedad y en la cultura, favoreciendo el paso de la Secularización al secularismo que niega toda referencia a Dios (Estrada J. A., 2006, págs. 111-112).

La desacralización al extremarse se deslizó hacia el Secularismo, que es la versión atea de la secularización, pues corta toda relación con Dios y deja el mundo sumergido en la inmanencia. *El Secularismo es herencia de la Modernidad mal dirigida*. Muchos hombres actuales interpretan su vida y su persona como realidad única y autosuficiente, desentendiéndose de su fundamento (Gastaldi, *El Hombre un misterio*, 2003, pág. 15). Era imparabile. Algo empezaba a salir mal. Con grandes consecuencias, todo conducía a una tergiversación del proyecto inicial; el Secularismo se imponía.

Por su parte, **Dietrich Bonhoeffer**<sup>3</sup> al profundizar sobre el programa de la Secularización nos ayuda a ver lo favorable que es; con las siguientes palabras citadas por el Arzobispo Rino Fisichella en un discurso como presidente del Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización afirma:

Se impone reconocer honestamente el deber de vivir en el mundo como si no existiese algún Dios, y esto es realmente lo que reconocemos plenamente delante de Dios! Dios mismo nos conduce a esta conciencia: nos hace saber que debemos vivir como hombres que pueden arreglárselas sin Él. El Dios que está con nosotros es el Dios que nos abandona (Mc15, 34)! Estamos continuamente en presencia del Dios que nos hace vivir en el mundo sin la hipótesis de Dios (www.zenit.org, 2011).

Viendo positivamente, también Friederich Gogarten<sup>4</sup> afirma que la Secularización es hacer mundano al mundo –como proceso hecho posible y exigido por la revelación cristiana–, y distingue el Secularismo, definiéndolo como una degeneración de la Secularización; insistía en que la Secularización era muy distinta del Secularismo, que es

---

<sup>3</sup> Bonhoeffer, alemán, nacido el 4 de febrero de 1906 fue un ministro de la iglesia luterana quien se opuso y atacaba a los nazis y a Hitler. Estudió y se graduó en Teología, y fue líder de un seminario protestante clandestino. Sus obras le han ganado un lugar en la historia de la teología del siglo veinte. Los últimos dos años de su vida los pasó en una cárcel de Berlín. En 1945 fue ejecutado por su complicidad en un complot contra la vida de Hitler. Escribió sobre la secularización del mundo y el alejamiento de la religión en el siglo veinte. Según Bonhoeffer, la dependencia de la religión organizada había minado la fe auténtica. Él solicitaba un nuevo Cristianismo sin religión, libre del individualismo y el sobrenaturalismo metafísico. Dios, argumentaba Bonhoeffer, debe ser conocido en este mundo mientras opera e interactúa con el hombre en la vida cotidiana. El Dios abstracto de la especulación filosófica y teológica es inútil para el hombre promedio de la calle, y éste forma parte de la mayoría de los que necesitan escuchar el evangelio (Kappelman).

<sup>4</sup> Gogarten, teólogo Luterano que se opuso decididamente a la teología liberal de Alemania. Representante de la teología dialéctica, sostuvo siempre la necesidad de una abierta discusión entre luteranismo y mundo moderno. Reflexionó sobre la necesidad de una nueva fundamentación del luteranismo, y replanteó las verdades cristianas en el contexto de la cultura moderna (mcnbiografias.com).

un orden mundano donde la fe no tiene cabida, que no tolera las libertades religiosas y espirituales de nuestra sociedad pluralista y que no ofrece positivo apoyo a la Iglesia a pesar de ser ésta un elemento fundamental de la historia. Desde luego, una sociedad secular en ese sentido del secularismo otorga amplia libertad aun a ideologías que tienen fuerza suficiente para atacar a la existencia humana en su totalidad y proscribir la fe de la sociedad (Adolfs, 1967, págs. 115-116). Además, señala que en el Secularismo el misterio de la divinidad es concebido como un poder esclavizante del cual el hombre ha de liberarse si en verdad quiere ser hombre; en este sentido busca la independencia del hombre de todo aquello religioso y sobrenatural (Iguacen, 1973, pág. 88).

Entonces, si la Secularización es el legítimo proceso de autonomía de las realidades temporales, el Secularismo es una concepción del mundo según la cual este último se explica por sí mismo sin que sea necesario recurrir a Dios; pero Dios resultaría pues superfluo y hasta un obstáculo (EN, 55). Y cuando la Secularización se transforma en Secularismo, surge una grave crisis cultural y espiritual, uno de cuyos signos es la pérdida del respeto a la persona y la difusión de una especie de nihilismo antropológico que reduce al hombre a sus instintos y tendencias (Consejo Pontificio de la Cultura, 2004). Con el Secularismo no son posibles buenas relaciones entre la fe y la Iglesia y el mundo moderno. Así, el Secularismo, aparece y se extiende como un modelo cultural post-cristiano y como parte de la edad contemporánea, que preocupa.

En contradicción al proceso deseado de Secularización no faltaron tampoco algunas posturas opuestas, de aceptación acrítica del fenómeno, cuyo ejemplo más notable fue la llamada teología de la muerte de Dios, que llegó a plantear la pregunta de cómo ser cristiano sin creer ya en Dios, y por lo tanto, sin liturgia ni oración; e incluso se lanzó al mercado la extravagante idea de que, si hoy viviese Cristo, sería ateo (González-Carvajal, 2003, pág. 53).

En realidad, la Secularización es beneficiosa para todos: para Dios, para la sociedad y para la Iglesia. Con justa razón, la Iglesia, por parte de los padres conciliares del Vaticano II, hicieron la valoración de este fenómeno, pero empleando la palabra autonomía:

Si por autonomía de la realidad se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta

exigencia de autonomía. No es sólo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que además responde a la voluntad del Creador. Pues, por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que el hombre debe respetar con el reconocimiento de la metodología particular de cada ciencia o arte.

Pero si autonomía de lo temporal quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le oculte la falsedad envuelta en tales palabras. La criatura sin el Creador desaparece. Más aún, por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida (GS, 36).

Desde luego, los padres conciliares hacen distinción de autonomía, y de esa manera distinguen entre Secularización y Secularismo; aunque los cristianos no fuimos creadores del término Secularismo. Fue la Londoner Secular Society, fundada por Holyoake en Londres en 1846, cuyo programa –resumido en el término Secularismo– consistía en interpretar y regular la vida prescindiendo tanto de Dios como de la religión (González-Carvajal, 2003, págs. 54-55).

El Secularismo, en su afán de ganar terreno va arrasando con cualquier sentido de ultimidad y de trascendencia de la vida. Por desgracia, poco a poco ha ido avanzando esta forma tan mal entendida de la Secularización, dejando atrás la intención original. Por su parte, los Ilustrados del siglo XVIII venían a decir “Dios en el cielo y yo en la tierra”. No negaban a Dios, pero lo convertían en un ente abstracto, impersonal y lejanísimo que, después de haber creado el mundo, se limitaba a contemplarlo sin intervenir en él. Un Dios que, según el dicho de Voltaire, “reina, pero no gobierna”. Pero con el tiempo, acabaría convirtiéndose en la práctica, en un Dios inexistente. De verdad, el Secularismo –es un auténtico cáncer de la secularización– ha dado origen a una “cultura horizontal”, incapaz ya de dirigir la mirada al cielo, y a la aparición de ese “hombre unidimensional” criticado por pensadores nada sospechosos de favorecer al cristianismo (González-Carvajal, 2003, págs. 58-59).

Bien conviene distinguir, los términos Secularización y Secularismo:

Distinto de la Secularización es el Secularismo (visión atea del mundo). La teología de la Secularización insiste en la diferencia entre secularización como

movimiento histórico y Secularismo como ideología. La Secularización es un proceso liberador. Es importante mantener esta distinción ya que el tiempo ha mostrado los efectos negativos de su confusión. Se ha comenzado desacralizando correctamente la persona, las cosas y las instituciones, y se ha terminado abandonando toda referencia (negativa y positiva) a lo religioso y cayendo en el agnosticismo y en el ateísmo (J. Cervantes, 2003) .

En todo caso, sabemos acerca de la evolución de la secularización hasta perder su norte, su finalidad, y desembocar en el Secularismo; la Secularización mal entendida, que consiste en poner a Dios al margen de lo humano y constituye, en términos nuevos, un humanismo actual. Con el Secularismo no es Dios, sino el hombre, quien sale perdiendo. Es bueno hacer la distinción entre Secularización y Secularismo, porque el no hacerla tendrá gravísimas consecuencias: *unos para afirmar la autonomía del mundo negarán a Dios; y otros, para afirmar a Dios, negarán la autonomía del mundo* (González-Carvajal, 2003, pág. 73).

Nos queda claro que la Secularización proclama una justa autonomía de las realidades terrestres colocando a Dios en el lugar que le corresponde, lejos de toda magia y superstición. Y para entenderlo mejor, nos puede ayudar una frase atribuida a San Agustín: *"Ora como si todo dependiera de Dios. Trabaja como si todo dependiera de ti"*. En cambio, el Secularismo es una ideología que niega por principio todo valor religioso, e interpreta la vida absolutamente sin Dios. Estamos plenamente de acuerdo con la Secularización, más no con el secularismo que termina arrojando al hombre en el libertinaje y no libertad, en la independencia y no autonomía, en el individualismo y no en el personalismo. Y podemos decir que mientras en la modernidad "Dios era un problema" a resolver, en la posmodernidad "Dios no me interesa" creándose una cultura de la indiferencia en la cual hay que deshacerse de Dios (Saavedra, 2005, pág. 100). Esto es el Secularismo: una ideología que amenaza al hombre, y pretende su destrucción; la contradicción al noble proyecto inicial de Secularización; que siempre conviene distinguir cuidadosamente.

### **1.3 HUMANISMO ATEO: DIOS AL MARGEN DE LO HUMANO. LA DESTRUCCIÓN DEL SER HUMANO.**

Sin duda alguna, se perciben cambios influenciados por las distintas épocas de la historia. En nuestros días somos testigos de una realidad marcada por grandes cambios que afectan nuestras vidas y el mundo en general. El siglo XX ha sido un siglo marcado por la Secularización y el Secularismo, con consecuencias que han afectado la humanidad.

No es difícil evidenciar nuestro mundo *bajo la influencia de una cultura secularizada* (VD, 96). Más aún afectado por el Secularismo. Una sociedad vista como algo histórico y relativo, ya que sólo Dios es finalmente sagrado y absoluto. Con una concepción del mundo donde no es necesario recurrir a Dios; donde Dios resulta pues superfluo y hasta un obstáculo. Constatamos en el corazón mismo de este mundo contemporáneo un fenómeno, que constituye como su marca más característica: el Secularismo; el mismo que para reconocer el poder del hombre, acaba por sobrepasar a Dios e incluso por renegar de Él (EN, 55).

El Secularismo trae la pérdida del respeto a la persona y la difusión de una especie de nihilismo antropológico que reduce al hombre a sus instintos y tendencias. La indiferencia religiosa o ateísmo práctico está en pleno auge. Se vive de hecho sin referencia a los valores y las instancias religiosas. Propio de este contexto es una reducción de la aspiración del hombre hacia lo trascendente a una simple necesidad subjetiva de espiritualidad y la felicidad, al bienestar material y a la satisfacción de las pulsiones sexuales actual” (Consejo Pontificio de la Cultura, 2004).

Y cuando avanza el Secularismo, parecen desprenderse de él nuevas formas de ateísmo, un ateísmo antropocéntrico, no ya abstracto y metafísico, sino pragmático y militante. Y en unión con este secularismo ateo, donde se nos propone todos los días, bajo las formas más distintas, una civilización del consumo, el hedonismo erigido en valor supremo, una voluntad de poder y de dominio, de discriminaciones de todo género: constituyen otras tantas inclinaciones inhumanas de este "humanismo actual"<sup>5</sup> (EN, 55). Recordemos que el

---

<sup>5</sup> Es necesario presentar las siguientes definiciones:

**Humanismo (positivo):** el ideal formativo del renacimiento (italiano) de los siglos xv y xvi, orientado al estudio de la antigüedad clásica. Luego una nueva comprensión en cuanto el hombre toma conciencia de sí mismo como creador de sí y del mundo. En el centro se encuentra el ideal del hombre universal, del

hombre empezó por independizarse de la naturaleza, luego de la Providencia Divina, y finalmente de sus representantes humanos, convirtiéndose en sujeto absoluto de la historia; luego, se prescinde de Dios y con la muerte de Dios, sería la consecución de este proceso histórico (Estrada J. A., 2006, pág. 118). Desde luego, esta praxis niega a Dios y constituye una corriente inhumana capaz de destruir al ser humano.

En realidad, se hizo cada vez más claro que el hombre quería sobre todo ser hombre. No un superhombre, aunque tampoco un infrahombre. El hombre aprendió a considerarse a sí mismo como el punto central del mundo humano construido por él. El hombre entró así en posesión de su dominio. Empezaron a orientarse cada vez más las decisiones y configuraciones del hombre (Kung, 2007, págs. 690-691).

Entonces, este mundo contemporáneo parece debatirse en lo que Henry De Lubac – autor contemporáneo– ha llamado el drama del humanismo ateo –el mismo que tiene como fundamento común la negación de Dios y como objetivo principal la aniquilación de la persona humana (Jorge Luis Zarazúa Campa, 2010)–. Nos podemos dar cuenta que, en el Secularismo como tal, hay una particular concepción del ser humano que se percibe amenazada y se desea defender; y ésta supone la afirmación del ser humano por sí, afirmación que pasa por la negación teórica de Dios; el ser humano es “bien visto” con exagerada atención mientras Dios debe estar al margen de él. Se quiere la exaltación del hombre. El Secularismo ha puesto a Dios al margen del ser humano y constituye, en términos nuevos, un humanismo actual, un humanismo ateo que rebaja al ser humano de su dignidad y de su grandeza original. Por eso la Iglesia, siendo consciente del daño que puede ocasionar el Secularismo ateo a todo ser humano, en el Concilio Vaticano II, es reprobado como una funesta y tergiversada doctrina, que además, contradice la razón y la experiencia humana universal, conduciendo al hombre a su destrucción (GS, 20).

Este humanismo ateo que se consolida poco a poco, hasta hundir sus raíces profundamente, trae sus consecuencias. Afanosamente lleva a muchos a la negación de

---

desarrollo integral de la personalidad en cuerpo y espíritu. Se describe movimientos y actitudes espirituales que contienen un fuerte componente antropológico.

**Humanismo ateo (negativo):** el hombre es valor supremo para el hombre. Una orientación radicalmente antropológica hasta presentarse como antirreligiosa y se transforme en ateísmo declarado. La negación de Dios sigue a la afirmación del puesto central del hombre y de su libertad. La libertad de Dios y la libertad del hombre se excluyen mutuamente. Al parecer, Dios se cruza en el camino de la aspiración del hombre a realizarse a sí mismo (Groth, [www.mercaba.org](http://www.mercaba.org), s/a).



toda referencia a Dios y realidades extramundanas y trascendentes, considerando toda religión como alienante; y de ese modo se quiere afirmar al hombre a base de negar a Dios. Lo religioso se asfixia en este clima de profanidad que abarca todos los aspectos de la vida del hombre. Supone una crisis de fe. Surge con fuerza la llamada teología de la muerte de Dios<sup>6</sup>, que muestran a un Dios ilocalizable, innecesario y superfluo, y se vienen abajo muchas creencias tradicionales para dar paso al progreso de la humanidad. La afirmación del hombre y, aparentemente, de sus valores, le permite caer en la cuenta de que debe establecer un orden político, económico, social y cultural, siendo él dueño de todos sus actos. El hombre que puede llegar a ser esclavo de su propia creatura y de su propia máquina, intenta hacer de las máquinas y de la técnica unos dioses. La abominación del misterio cuando el hombre es un ser abierto al misterio que no puede encontrar su plenitud ni su explicación en leyes técnicas, biológicas, entre robots y cerebros electrónicos. La negación de Dios, único Absoluto, supone la relativización de los valores absolutos del hombre; y, como es convertido en pura materia evolucionada, fruto de una pulsación del universo, destinada a la destrucción, y al negar toda referencia al Absoluto en el comportamiento del hombre, se hace de él un valor relativo y es manipulado. Sin duda, la muerte de Dios ha supuesto también, en gran parte, la muerte del hombre (Castiñeiras, 1968, págs. 12-14; 22-27).

Además, toda aquella realidad fue fortalecida por el pensamiento de varios “humanistas” del siglo XX que pretendían “la liberación del hombre”; con lo que se puede decir que es uno de los siglos más ateos y de mayor catástrofe humanitaria. Los hitos del humanismo ateo están representados por aquellos humanistas, L. Feuerbach y los llamados “maestros de la sospecha” (Nietzsche, Marx y Freud).

---

<sup>6</sup> La Teología de la muerte de Dios o Teología radical es un producto peculiar de mediados del siglo XX. Se inició con Barth y la nueva ortodoxia, y constituye una forma de teología que puede desarrollarse en medio del colapso de la Cristiandad y el advenimiento del ateísmo secular. También ha aprendido de Paul Tillich y de Rudolf Bultmann la necesidad que tiene la teología de iniciar un vivo diálogo con el mundo y la historia de hoy. Refleja en consecuencia, la situación de un modo de vida cristiano en el seno de una sociedad y una cultura aparentemente neutrales, pero que, en realidad, son casi totalmente seculares. También refleja, con fundada esperanza, la opción de aquellos cristianos que han decidido vivir en Cristo en un mundo de mayor edad (Altizer, T., y Hamilton, W., 1967).

Este movimiento dio expresión a la idea de que un Dios trascendente no se podía conocer o no existía. Nietzsche había acuñado la frase “Dios ha muerto” antes que los teólogos de la muerte de Dios (Gundry, 2010).

Ludwig Feuerbach, asegura la negación de Dios para afirmar al hombre y liberarlo, lo que constituiría un verdadero humanismo para él, siendo el hombre centro de la religión y no Dios; para él es el hombre quien creó a Dios, y el hombre debe ser dios para el hombre (Medina, 2012). Asegura que la esencia misma y objetiva de la religión no es otra cosa que la esencia de los sentimientos humanos (antropología). La religión no es sino la proyección inconsciente que hace el hombre de su propia esencia en un ser ilusorio e ilimitado –Dios– y la relación que establece con él. Dios no es más que la proyección de la razón, la voluntad y el corazón humanos. Funda una religión del hombre (el antropoteísmo); la esencia del hombre reside únicamente en la comunidad, en la unidad del hombre con el hombre. (Arroyo, 2006, págs. 211-215).

Friedrich Nietzsche, tiene al cristianismo como la más funesta mentira de seducción, la más nociva, como el proceso de desnaturalización y esclavitud del hombre. Habla de una liberación humana que consiste necesariamente en la destrucción de la fe en Dios. El hombre es único señor de la vida. También Nietzsche da por supuesto que Dios no existe y, por tanto, no puede vivir más que en la conciencia de los hombres. Dios ha muerto en la conciencia de los hombres porque éstos lo han matado. Propone que el hombre construya su existencia desde unos valores diferentes al Cristianismo. Y por supuesto, afirma la obligatoria muerte de Dios con la cual deben caer todos los valores y concepciones de la vida que tenían a Dios como fundamento y que daban sentido al hombre (Arroyo, 2006, págs. 211, 217-218).

Carl Marx, también colabora afirmando que Dios es proyección del hombre y la religión es alienación, un sedante que hace olvidar la condición de opresión de la criatura y hace la sociedad injusta e inhumana. *La religión es expresión de la miseria y consuelo ilusorio* (Medina, 2012). El hombre debe aprender a vivir en la tierra, siendo responsable del mundo, sin transferir alguna responsabilidad a ningún Dios.

Albert Camus, la ausencia de Dios no era simplemente un hecho lamentable sino una realidad necesaria, ya que encontraba al Dios de la teología cristiana ortodoxa irreconciliable con la libertad y la justicia humanas. Y, él seguirá detrás de las huellas de Pierre Joseph Proudhon, quien por su parte escribió de Dios como el mal, desarrollando que Él privaba al hombre de su poder creador y previsión; y por ello, para Proudhon era necesario arrancar incesantemente la idea de Dios de su conciencia (Cox, 1973, págs. 93-94).

Así, el humanismo ateo encontraba, a modo de fundamentos, cómo seguir fortaleciéndose. Se afirmaba al hombre y se ponía a Dios al margen de su existencia. Tanto así, que Dios se aleja de la realidad global, se mantiene al margen: “Dios, si así cabe expresarse, que en un principio estaba presente en todas las relaciones humanas, progresivamente se va retirando; abandona el mundo a los hombres y sus disputas” (González-Carvajal, 2003, pág. 76).

En sentido amplio, el concepto de humanismo ateo describe movimientos y actitudes espirituales que contienen un fuerte componente antropológico: El hombre es conducido a un protagonismo dentro de la definición de la realidad global. Solo el hombre puede ser el absoluto para el hombre, la razón humana no puede reconocer otro absoluto que ella misma, la libertad humana muere al contacto con cualquier absoluto. El hombre es el único Dios para el hombre. ¡Dios ha muerto! La tendencia del hombre conduciría a la increencia y a la indiferencia; y la pregunta por Dios desaparece (Velasco, *La Religión en nuestro mundo*, 1978, págs. 38-39). Se ha asociado el concepto con las ideas racionalistas y humanitarias, tal como se desarrollaron después de la Ilustración. Se explica al hombre como medida de todas las cosas y como valor supremo para el hombre, viéndolo definido, tanto esencial como existencialmente, por la libertad. Por eso no es extraño que precisamente la orientación radicalmente antropológica del humanismo se presente no raras veces como antirreligiosa y se transforme en ateísmo declarado. La negación de Dios sigue a la afirmación del puesto central del hombre y de su libertad. La libertad de Dios y la libertad del hombre se excluyen mutuamente (Groth, 2012).

Sin embargo, es evidente, que en el humanismo ateo, por su parte lo ateo sostenga que la libertad consista en que el hombre sea fin de sí mismo, artífice y agente único de su propia historia, siendo incompatible con la afirmación de un Señor, autor y fin de todas las cosas (GS, 20). Conlleva a creer que el Dios del cristianismo es un antagonista del hombre. Así, el humanismo que excluye a Dios es un humanismo antihumano. Pero he ahí un gran riesgo para el hombre secular que es atacado por el humanismo ateo, porque puede caer en un nuevo pelagianismo. El hombre contemporáneo, que vive en la época de las computadoras, de la planificación del futuro y del secularismo, tiene mucho más peligro todavía que Pelagio –monje del año 390 que ignoró el papel de la gracia divina en su vida– de pensar que puede prescindir de Dios, tal y como lo ofrecen estas ideologías: un Dios muerto; el hombre al margen de Él (González-Carvajal, 2003, pág. 153).

Aunque el humanismo ateo se caracteriza porque Dios está al margen, mejor dicho, porque da muerte a Dios y proclama al hombre como centro y fin último de la realidad; porque hace una apología del hombre, al parecer hasta aquí llega. Dios ha muerto en la conciencia de muchos pero –en la finalidad del humanismo ateo– si no hacemos de la muerte de Dios un renacimiento grandioso y una continua victoria sobre nosotros mismos, habremos de pagar cara esta pérdida; si el hombre que ha sido capaz de acabar con Dios no ocupa su lugar y asume su responsabilidad, ningún sol habrá salido en el horizonte del porvenir humano: Dios ha muerto, ahora queremos nosotros que viva el “superhombre”. El ateísmo humanista se caracteriza por la proclamación del hombre como centro y fin último de la realidad y, consiguientemente, por la sustitución de la religión trascendente por un ethos, por una exigencia moral en la que el hombre es la ley suprema. *Se trata de un ateísmo, cuyo verdadero sentido es ser una “apología del hombre”*. (Arroyo, 2006, pág. 219). Así se manifiesta este humanismo ateo.

## CAPÍTULO II

### DIGNIDAD Y VOCACIÓN DEL HOMBRE: CAPAX DEI

#### 2.1 DIGNIDAD Y GRANDEZA DEL HOMBRE

En el capítulo anterior, ya hemos desarrollado el tema de la Secularización en su noble proyecto de vida –como legítimo proceso de autonomía de las realidades terrestres (seculares) y de la acción del ser humano en su comprensión y transformación, donde la sociedad no debe ser divinizada o absolutizada–, que, en la historia la evolución de este fenómeno tuvo consecuencias bien diversas y opuestas a la intención original, y desembocó en el Secularismo: *lo que había comenzado como un reclamo de libertad y responsabilidad se confundió muy pronto con el aislamiento y la indiferencia* (R. Galetto, G. Berzosa, 2012, pág. 149). El Secularismo para reconocer el poder del hombre, acaba por sobrepasar a Dios e incluso por renegar de Él; y consigue, a Dios al margen de lo humano y la destrucción del ser humano; de él se desprenden formas de ateísmo y una mentalidad hedonista, consumista y relativista como inclinaciones inhumanas que constituyen un humanismo actual, un “humanismo ateo” (EN, 55).

Pero, no se ve que el hombre haya alcanzado su “edad adulta” por el simple hecho de marginar a Dios. En lugar de una madurez mundana se produjo un encierro en la propia subjetividad, que incapacita para las relaciones sólidas.

Se afirma que esta negación de Dios ha traído consigo una vida indigna del hombre, una destrucción no solo del individuo sino también de toda forma de comunidad humana, queda totalmente desorientado, desciende a la categoría de cosa o lo convierte en animal, pasa a ser víctima del egoísmo, y pierde el sentido último de su existencia. Estos procesos, en sí perniciosos, no le conducen a ser hombre en la plenitud para la que fue creado sino que le conlleva a su destrucción. (Montero, 1999). Pero, sabemos que sin Dios no puede ser verdaderamente hombre; no lo es sin Dios. Sin embargo, esto no puede dejar indiferente a la Iglesia, porque está en juego el ser humano como tal.

Recordemos que la Iglesia reprueba esta doctrina tergiversada, pues, contradice a la razón y la experiencia humana universal, rebaja al hombre de su dignidad y grandeza

original, le aleja de su comunión como hijo y a tomar parte en su beatitud, lo que consigue luego su destrucción (GS, 21). Es necesario, por ello, reflexionar sobre el ser del hombre: ¿Qué es el hombre? ¿En qué consiste la dignidad y la grandeza del hombre?

Por su parte, la Iglesia reconoce que muchas opiniones se han dado acerca del hombre, pero aleccionada por la Revelación divina, apoyado en las Sagradas Escrituras, nos enseña que el hombre ha sido creado a imagen de Dios, con capacidad para conocer y amar a su Creador, y que por Dios ha sido constituido señor de la entera creación visible para gobernarla y usarla glorificando a Dios. Además, que Dios no creó al hombre en solitario; que desde el principio los hizo hombre y mujer (Gn 1, 27). Y que esta sociedad de hombre y mujer es la expresión primera de la comunión de personas humanas. Siendo el hombre, en efecto, por su íntima naturaleza, un ser social, que no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás (GS, 12).

Por otra parte, es interesante cómo Pico Della Mirándola, un gran humanista del siglo XV, en su libro “Discurso sobre la Dignidad del hombre” asegura que no hay nada más espléndido que el hombre. Él se expresa así:

*¡Gran milagro es el hombre! Y, a propósito de la grandeza del hombre escribe: familiar de las criaturas superiores y soberano de las inferiores, es el vínculo entre ellas; que por la agudeza de los sentidos, por el poder indagador de la razón y por la luz del intelecto, es intérprete de la naturaleza; que, intermediario entre el tiempo y la eternidad es cópula, y también connubio de todos los seres del mundo y, según testimonio de David, poco inferior a los ángeles. Cosas grandes, sin duda [...] es el hombre el más afortunado de todos los seres animados y digno, por lo tanto, de toda admiración. Comprendí en qué consiste la suerte que le ha tocado en el orden universal, no sólo envidiable para las bestias, sino para los astros y los espíritus ultramundanos. ¡Cosa increíble y estupenda! El hombre es llamado y considerado justamente un gran milagro y un ser animado maravilloso (A. Ruiz, 1972, pág. 41) .*

No podemos dudar en calificar al hombre como un milagro, un misterio y un regalo de Dios, como lo más grande de la creación. El hombre es imagen y semejanza de Dios (Gn 1, 26); él es parte del hermoso plan de la salvación. Para comprender mejor la dignidad y grandeza del hombre, nos acercamos a las Sagradas Escrituras; a través del Salmo 8 nos

revelan al hombre como un ser venido de las manos del Creador, salido del corazón amoroso de Dios, que causa admiración entre tantas otras creaturas y merece alabanza:

*¡Señor, dueño nuestro,  
qué admirable es tu nombre en toda la tierra!  
Ensalzaste tu majestad sobre los cielos.  
De la boca de los niños de pecho  
has sacado una alabanza contra tus enemigos,  
para reprimir al adversario y al rebelde.  
Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos,  
la luna y las estrellas que has creado,  
¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él,  
el ser humano, para darle poder?  
Lo hiciste poco inferior a los ángeles,  
lo coronaste de gloria y dignidad;  
le diste el mando sobre las obras de tus manos,  
todo lo sometiste bajo sus pies:  
rebaños de ovejas y toros,  
y hasta las bestias del campo,  
las aves del cielo, los peces del mar,  
que trazan sendas por el mar.  
¡Señor, dueño nuestro,  
qué admirable es tu nombre en toda la tierra!*

(Liturgia de las Horas, Laudes Sábado II, 2001)

Por cierto, el Salmo 8 parece estar dominado por esa inquietante pregunta, hecha por la humanidad a lo largo de la historia: ¿Qué es el hombre?; pregunta que también Job hace al Señor, en medio de la desgracia y la tristeza por la que atraviesa: ¿Qué es el hombre para que lo tengas tan en cuenta y fijes en él tu atención, visitándolo cada mañana y examinándolo a cada instante? (Job 7,17-18). Y, al profundizar en la reflexión del Salmo, la interrogante nos lleva a contemplar la grandeza y majestad de Dios; a contemplar la alabanza admirada del Nombre de Dios en medio de la digna pequeñez del hombre: ¡Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra! (Rosa, 2009).

He ahí la grandeza de Dios. Él, en su inefable amor y gran libertad, ha aquerido crear de la nada todo lo existente y en especial, quiso crear al hombre. Desbordaba en amor que lo creó todo, y todo lo amó. Lo reconocemos como el Ser, el Absoluto, Necesario, el Creador;

y es el hombre, el ser, el relativo, contingente, la creatura. Y sin Dios no hay hombre tal, y el hombre es por Dios.

Entre todas las criaturas de la creación, el hombre es la creatura excelsa y perfecta; es corona de la creación. Dios ama a todas las criaturas, pero al ser humano lo ama con un amor particular, con especial predilección: “Este es mi hijo amado, en quien tengo mis complacencias” (Mt 3, 17). El hombre es imagen y semejanza de Creador. Esto quiere decir que, participa de la naturaleza divina y colabora con el Creador en el señorío sobre sus obras (Gn 1, 28-30). Y para llegar a su identidad, él no puede considerarse en independencia de Dios; siempre necesita situarse de alguna manera frente a Él y estar con Él, pues, es obra de sus manos. El hombre puede contemplar el rostro de Dios; no le debe dar la espalda, sino que está llamado por Él, siendo “capax Dei”. Esto responde a la interrogante ¿qué es el hombre?

Siguiendo a Santo Tomás de Aquino el hombre se sitúa “en medio”, entre los ángeles y otros seres inferiores a él en la jerarquía ontológica. El ser humano es la creación libre y gratuita de Dios y ocupa un lugar privilegiado en el universo porque porta su misma imagen. Esta imagen reside en lo que el hombre tiene de más noble: la capacidad de establecer un diálogo ininterrumpido con su Creador. Dios, entre todas las criaturas, tiene una preocupación especial por el hombre, lo que fortalece la convicción de la dignidad humana. La providencia divina acompaña al hombre en su historia, y también le confía una misión de gran responsabilidad para que sea representante del Creador en medio del cosmos (Gn 1, 28-30). Como ser humano es la única “imagen” de Dios en el universo, y no puede someterse a las cosas creadas, sino que las ha de someter, en el sentido de dar continuidad a la obra creadora sirviendo a la vida. El hombre vive y gobierna la tierra sin limitar en absoluto el poder de Dios (Roszak, 2011, págs. 140-160).

También, con ayuda de San Agustín podemos mencionar que, el hombre es imagen y semejanza de Dios, él afirma siempre la constitucionalidad metafísica en cuerpo y alma: “Tú eres hombre, y tienes espíritu y tienes cuerpo. Este espíritu es el alma, por la que eres hombre. Tu ser es alma y cuerpo. Tienes espíritu invisible y cuerpo visible”. San Agustín reconoce esta doble constitucionalidad en el hombre, resalta fundamentalmente el alma, porque para él, el hombre es algo más y ese algo más es lo que le da toda su grandeza, la misma que le viene de Dios. Esto hace al hombre imagen y semejanza de Dios, ya que



posee su mismo soplo de vida (Gn 2, 7); esto se apoya en las Sagradas Escrituras (Dolby Múgica, 1993, págs. 231-232).

Por su parte, el libro “El Hombre un misterio” presenta algunos puntos acerca del hombre: el hombre creado a imagen y semejanza de Dios (Gn 1, 26.27) es la coronación de la creación –centro y cima de la creación–, de un mundo de él y para él. El hombre es el descubridor y el decidor del cosmos. El hombre en su integridad, es la epifanía de Dios, la forma visible de lo divino en la creación. Es obra maestra de la potencia organizadora del cosmos; es la finalidad inmanente del universo (Teilhard de Chardin). Es el único ser a quien Dios puede tratar de “tú”, darle preceptos y sanciones (Gn, 3 ss): un ser que entra en relación personal con Dios. El hombre es cooperador y lugarteniente de Dios, dominador de la naturaleza y autor de su propia historia. Es imagen, en cuanto hace presente a Dios, ocupando el lugar de Alguien y destinado a transformar dinámicamente el mundo y hacerlo progresar (Gastaldi, El Hombre un misterio, 2003, págs. 237-240).

Anotemos acerca de la dignidad del hombre: como tal, ésta indica el valor singular y la grandeza del hombre, que, según la concepción bíblica, tienen como fundamento su origen divino, su calidad de "imagen y semejanza" de Dios y su finalidad en el Creador mismo. En virtud de esta identidad, todo ser humano, es sujeto de derechos inalienables. Además de constituir un reflejo de la bondad y del poder del Dios trinitario, todo hombre es un ser inteligente y volitivo, capaz de iniciativa en el amor, de acogida y de comunión con el otro; está dotado de la capacidad de comprender, transformar, embellecer el mundo en que está situado para que se realicen unas condiciones de vida cada vez más adecuadas a su propia singularidad y grandeza (Salvati, s/a).

Además, la dignidad natural de la criatura humana se ve exaltada, según la visión bíblica, por la presencia y la actuación de Dios en la historia. En efecto, aquel que quiso que el hombre fuera “poco menos que los ángeles” y lo “coronó de gloria y dignidad” (Sal 8,6-7), se inclinó en su bondad sobre la humanidad y con amor paternal, maternal y sponsal habló por boca de los profetas, guió a Israel hacia la liberación, manifestó su voluntad, se hizo “pariente próximo” sobre todo de los pobres y de los indefensos, mostró su benevolencia misericordiosa. Esta cercanía de Dios, que ya de suyo hace grande al hombre, se hace mayor todavía gracias al envío del Hijo de Dios, que se hace carne para liberar al hombre del pecado y para elevarlo a la nueva condición de hijo adoptivo (Salvati, s/a).

La Biblia nos enseña que el hombre ha sido creado a imagen de Dios, capaz de dialogar con Dios, capaz de conocer y amar a su Creador (Capax Dei), constituido por Él como señor de la entera creación visible, sobre todas las criaturas (Gn 1, 26; Sab 2, 23) para que las gobernase e hiciera uso de ellas, dando gloria a Dios (Ecl 17, 3-10). Creado el hombre a imagen de Dios, recibió el mandato de gobernar el mundo en justicia y santidad, sometiendo a sí la tierra y cuanto en ella se contiene, y de orientar a Dios la propia persona y el universo entero, reconociendo a Dios como Creador de todo, de modo que con el sometimiento de todas las cosas al hombre sea admirable el nombre de Dios en el mundo (Sal 8, 7 y 10) (GS, 12. 34).

La dignidad y grandeza del hombre está en que, él tiene la capacidad de conocer, de amar, de tender a hacer algo, buscar, ser atraído, discernir, amar valores, amar a su familia... Esto sucede, en cuanto que el hombre y la mujer son creados por Dios, es decir, son queridos por Él que es Amor (1Jn 4, 8). Ambos tienen una dignidad que nunca se pierde inmediatamente de su Dios creador. El hombre y la mujer son con la misma dignidad, “imagen de Dios” en su ser “hombre” y en su ser “mujer”; reflejan la sabiduría y el amor de Dios. Y por cierto, el ser humano actualiza esta dignidad y grandeza que les viene de Dios en su capacidad de relacionarse, con Dios, consigo mismo y con el entorno que le rodea (Apostoloteca, s/a).

Ahora, con ayuda del Catecismo de la Iglesia Católica, *la razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque es creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador* (CEC, 27).

Por haber sido hecho a imagen y semejanza de Dios, el ser humano tiene la dignidad de persona, no es solamente algo, sino alguien. Es capaz de conocerse, de poseerse, de darse libremente y entrar en comunión con otras personas; y es llamado por la gracia a una alianza con su creador, a ofrecerle una respuesta de fe y de amor, que ningún otro ser pueda dar en su lugar (CEC, 357).

Por último, si bien el alma racional, con su inteligencia y voluntad, caracterizan al hombre, le hace imagen de Dios y le distingue de los animales –con los que comparte alma irracional y cuerpo– (Dolby Música, 1993, pág. 235); es necesario decir que el

hombre es grande, como lo es, es por pura donación de Dios que lo llamó a la existencia, y, esa grandeza se sostiene en Él. Por ello, el hombre no puede prescindir de Dios. La creatura sin el Creador desaparece, se esfuma. El olvido de Dios puede volver opaca la creatura, pues fuera de Dios no se puede entender ni se comprende como creatura especial que es: “concebido en el corazón de Dios, fruto del pensamiento de Dios” (LS, 65).

Así, reconociendo aquello, no podemos aceptar la autonomía trágica proclamada por el humanismo ateo, pues sucede que donde no hay Dios tampoco hay hombre; hay disolución del hombre al alejarse de Dios. Ese humanismo ateo destruye al ser humano. Nosotros queremos un humanismo con Dios, donde el hombre no pierde su dignidad y grandeza dadas por el Creador.

## **2.2 VOCACIÓN DEL HOMBRE Y LA BIENAVENTURANZA ETERNA: CAPAX DEI.**

Iniciamos un segundo capítulo, luego de afirmar la dignidad y grandeza del hombre, pues, ¡gran milagro es el hombre! Creación libre y gratuita de Dios que ocupa un lugar privilegiado en el universo, porque porta su misma imagen. Llamado y considerado justamente un gran milagro, es un ser animado maravilloso, es un misterio, es un regalo de Dios. Es la imagen y semejanza de su Creador (Gn 1, 26), culmen de la creación, participa de la naturaleza divina y colabora con el Creador en el señorío sobre sus obras: la dignidad y grandeza de la persona están enraizadas en su creación a imagen y semejanza de Dios (CEC, 1700).

Ahora es necesario desarrollar, que este ser admirado y salido de las manos de Dios, la única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma, tiene una vocación especial. Puesto que la imagen de Dios parece indicar a un ser capaz de dialogar con Dios, capaz de entrar en relación personal con Él –relación de conocimiento y de amor–, esto supone escuchar una llamada (vocación) y responder a ella mediante un compromiso libre (Gastaldi, *El Hombre un misterio*, 2003, pág. 238). Luego, su dignidad y grandeza se realizan en dicha vocación; y por supuesto, corresponde al ser humano llegar libremente a esta realización, la felicidad (CEC, 1700).

Sucede que, el ser humano está destinado o llamado a la bienaventuranza eterna: *dotada de un alma espiritual e inmortal, de entendimiento y de voluntad, la persona humana está desde su concepción ordenada a Dios y destinada a la Bienaventuranza eterna. Camina hacia su perfección en la búsqueda y el amor de la verdad y del bien* (CEC 1711). He aquí, la vocación del hombre, como tal.

Pero reconocemos la vocación del hombre, partiendo del reconocimiento de Dios como razón y fundamento de todo lo existente. Pensemos que el hombre como criatura finita, siempre se ha cuestionado sobre su existencia, su meta final, sobre su rumbo y su destino. En él surgen preguntas que afectan su propio ser, tales como: ¿Para qué el universo?... ¿Qué sentido tiene la existencia?... ¿Qué es el hombre?... ¿Quién soy yo?... ¿Por qué la vida?... ¿Para qué estoy en este mundo?... ¿De dónde vengo? ¿Hacia dónde voy? ¿Cuál es mi meta? y muchas otras. Los interrogantes pueden ser numerosos, pero, sucede que nos reconocemos limitados, y en medio de las incertidumbres tenemos la certeza de que existimos, de que somos alguien y que fuera de nosotros hay Alguien, quien lo anima y da sentido a todo, que tiene las respuestas que nosotros deseamos conocer, y que nos llama a una meta particular, que quiere de nosotros algo bueno que entendemos como la felicidad. Que ese Alguien es respuesta y fundamento de todo lo creado y de nuestra existencia; así lo experimentó San Agustín en su intensa búsqueda de la Verdad: Tú fuiste, Señor, quien creó todas las cosas... existes, pues existen. ¿Y cómo podría todo eso existir sin que Tú le dieras la existencia? ¿Qué cosa hay que no exista sino porque existes Tú? Pero Tú hablaste, y el mundo, obediente, vino al ser. Con tu sola palabra lo creaste (Confesiones San Agustín, Libro XI, caps. IV-V).

La vida del hombre reclama por sí misma la existencia de un ser superior que le dio la existencia –Dios–, que sembró en su alma el anhelo de la felicidad y el reclamo constante a la bondad. Pues, el hombre descubre que no existiría si no existiera en Dios, de quien todo procede, por el cual y en el cual existe todo (Confesiones San Agustín, Libro I, cap. II), y que como parte de la creación, su Creador lo ha creado para Él, y que su corazón está inquieto hasta que no descanse en Él (Confesiones San Agustín, Libro I, cap. I). Con ello, podemos decir con K. Rahner que el hombre está ordenado de manera radical e irremplazable a Dios (Damboriena, 1973, pág. 464); que es un ser que lleva grabado en él la tendencia a lo divino. Y es así, ya que el hombre tiene inscrito en su ser el deseo de Dios.

La Iglesia afirma que el Creador ha inscrito en el corazón de su criatura amada, con un amor particular, un deseo:

El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y solo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar: la razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento, pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor, y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador” (CEC, 27).

De este modo, podemos comprender que el hombre es capaz de Dios, *Capax Dei*. Como criatura, viene de Dios y a Dios vuelve. Él no puede vivir una vida plenamente humana si no vive libremente su vínculo, su unión íntima y vital con Dios. *El hombre está hecho para vivir en comunión con Dios, en quien encuentra su dicha. “Cuando yo me adhiera a Ti con todo mi ser, no habrá ya para mí penas ni pruebas, y mi vida, toda llena de ti, será plena”* (CEC, 45).

Esa vocación del hombre, el llamado a la comunión con Dios, como propio de su dignidad humana nos revela que su ser está orientado a cosas grandes, está orientado a un fin superior que sobrepasa la persona de quien es la plenitud absoluta. Por ende, el hombre puede darse cuenta que su vida y realización no está en las cosas de este mundo por más buenas que sean, que no debe poner su corazón en los bienes y en las realidades temporales sino que solo ha de valerse de ellos para cumplimiento de su misión en la tierra. Que su felicidad no está ni siquiera en el amor a las criaturas del Creador dispersas por este mundo, puesto que somos ciudadanos para el Cielo, para vivir con Dios (Flp 3, 20).

Dios quiere del hombre su felicidad, por eso ha puesto en su corazón ese deseo de felicidad, al que ha de responder con libertad, sus fuerzas, su responsabilidad y con la ayuda de la gracia. En fin, Dios llama al hombre a la felicidad, a la Bienaventuranza eterna que es don sobrenatural, puesto que lo ha creado para ser feliz.

En realidad, el ser humano está ordenado a la bienaventuranza eterna, pues:

La persona humana participa de la luz y la fuerza del Espíritu divino. Por la razón es capaz de comprender el orden de las cosas establecido por el Creador. Por su voluntad es capaz de dirigirse por sí misma a su bien verdadero. Encuentra su perfección en la búsqueda y el amor de la verdad y del bien (CEC, 1704). En virtud de su alma y de sus potencias espirituales de entendimiento y de voluntad, el hombre está dotado de libertad, “signo eminente de la imagen divina” (CEC 1705). Mediante su razón, el hombre conoce la voz de Dios que le impulsa “a hacer el bien y a evitar el mal”... (CEC, 1706).

En consecuencia, hemos sido creados por Dios, y el sentido de la vida está en caminar hacia Dios para vivir eternamente con Él: ésta es la vocación del hombre. El hombre debe vivir de acuerdo con la vocación a la que ha sido llamado por Dios (Ef 4, 1); debe seguir la ley moral que Dios mismo ha puesto en lo más íntimo de cada persona y que le intima. Dios creó al hombre para que viva y sea feliz, pues, *el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz un hálito de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente* (Gn 2,7). Dios lo creó a su imagen y semejanza; llamándolo a la existencia por amor, lo ha llamado, al mismo tiempo, al amor. Dios es amor, nos asegura el apóstol (1 Jn 4, 8), y vive en Sí mismo un misterio de comunión personal de amor. Creándola a su imagen y conservándola continuamente en el ser, Dios inscribe en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación y, consiguientemente, la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión (GS, 12). Por tanto, la vocación fundamental e innata de todo ser humano es el amor (FC, 11), hemos nacido para amar y ser felices.

Además, donándose como Dios lo hizo, el ser humano puede encontrar su propia plenitud si hace una entrega sincera de sí mismo a los demás (GS, 24). El ser humano, está llamado a unir su destino con los otros, estableciendo con ellos relaciones de igualdad, complementariedad, reciprocidad y fraternidad; desde luego, el hombre se autorrealiza verdaderamente cuando se entrega al bien de los demás (GS, 12).

El ser humano también responde a su vocación de ser feliz cuando entra en relación con la creación, con el entorno, con el mundo material. Esa llamada de Dios nos impide toda actividad destructora de la naturaleza, y el hombre se convierte en cooperador y lugarteniente de Dios, dominador de la naturaleza y autor de su propia historia: es que con la aparición del hombre Dios cesa de crear y entra en su descanso, en adelante será su imagen (Gastaldi, *El Hombre un misterio*, 2003, págs. 238-239). Debe descubrir la bondad original de la creación, y hacer resplandecer el señorío divino en todo el universo a imagen

y semejanza Dios; él es responsable de la faz de la tierra. Pues, la vocación humana tiene que reflejarse igualmente en el resto de la creación (Martínez, s/a).

En realidad, cada persona está llamada a vivir según la imagen y semejanza de Dios y a relacionarse con Él. Su existencia de criatura está esencialmente abierta a su Creador. Su altísima vocación es la de desarrollar la divina semilla que se oculta en ella, y la desarrollará superándose a sí misma al abrirse a la trascendencia y realizándola plenamente a través de las múltiples relaciones consigo mismo, con el mundo, con los otros y con Dios (Guades, 2012).

Sin duda, cuando hablamos que el hombre está llamado a vivir en plenitud nos referimos a su vocación ontológica, es decir, que corresponde intrínsecamente a su propio ser, que es propio de su condición humana (de su naturaleza), aceptando su alteridad constitutiva: nuestra relación fundamental con el otro ser humano, con el entorno y, también con Dios quien es su fin último (Martínez, s/a). También, el ser humano muy distinto a las demás criaturas existentes, está llamado a ir siempre más allá y a entrar en relación con Dios que lo invita a convertirse en su imagen y su semejanza. Pues, el ser humano es trascendente: el ser humano no tiene en él mismo la clave para comprenderse, y solo en Dios se descubre, se plenifica, se realiza, llega a ser bienaventurado. Además, Dios nos ofrece a su Hijo Jesucristo, y en Él, la vida en plenitud, la bienaventuranza eterna. He aquí el don que espera la respuesta del ser humano; como la única vocación ontológica, constitutiva, del hombre; la única que pide una fidelidad absoluta; la única que si se pierde sería el fracaso total; la única que hace que toda vocación particular sea relativa (Martínez, s/a).

Dios siempre indica al hombre su fin último trascendente. Dios quiere hacer dichoso al hombre. Y es Él quien ha puesto en el corazón de cada hombre el deseo de ser felices, el deseo de vivir plenamente y de vivir siempre en comunión con Él. La vocación del hombre es la vocación a la felicidad. Somos herederos del Reino de Dios, y nuestra verdadera y plena felicidad se realizará en la visión de Dios, en el descanso con Dios. El fin último al que Dios nos llama: el Reino, la visión de Dios, la participación en la naturaleza divina, la vida eterna, la filiación, el descanso en Dios; en esto consiste la bienaventuranza eterna (CEC, 1726): un don gratuito de Dios, y sobrenatural como lo es la misma gracia que nos conduce a ella (CEC, 1727). La bienaventuranza eterna –comunión de vida y de amor con Dios, junto a todos los bienaventurados– es el fin último y la realización de las

aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha (CEC, 1024). Pues, quién no quiere estar con Dios, si lejos de Él hay tormentos, llanto, dolor y fuego que no se extingue (Lc 16, 23-25).

Santo Tomás de Aquino admite en la criatura racional un deseo natural de ver a Dios; afirma repetidamente que la beatitud del hombre consiste en la visión de la esencia divina. Que el deseo natural innato de llegar a conocer la causa primera para Santo Tomás, es el deseo de ver a Dios sin velos y tal como es en sí mismo (Peregó, 1964, págs. 62-63). Ésta es la última perfección a la que el hombre puede llegar –y con el socorro de la misma gracia de Dios– que implica el conocimiento y la comunión con Dios, y que supera la capacidad de la naturaleza humana. En consecuencia, la vocación suprema del hombre es, en realidad, una sola; la divina.

Desde luego, el hombre es capaz de Dios, está ordenado desde su creación –por infinita bondad de Dios– a un fin sobrenatural, a la comunión con Dios, a participar de la vida divina (DF, cap. 2, Denzinger 3005) y está invitado a alcanzar la felicidad eterna, el goce de la visión beatífica. El hombre que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, para conocer, servir y amar a Dios, lleva en su corazón el deseo de Felicidad, de la bienaventuranza eterna (CEC, 1718-1719). Lleva inscrito en su corazón el deseo de Dios, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios.

## **2.3 PLENITUD DEL HOMBRE EN CRISTO**

Hemos mencionado que, el hombre desde su concepción está ordenado a Dios y destinado a la bienaventuranza eterna, camina hacia su perfección en la búsqueda y el amor de la verdad y del bien (CEC, 1711). Esa es su vocación; su fin último.

Sabemos que el destino del hombre es su realización, que su destino es estar en la presencia de Dios porque el hombre es únicamente capaz de Dios –*capax Dei*–, y para que esto sea posible es necesaria la mediación de Jesucristo. Desde luego, el hombre halla su plenitud humana en Cristo, que es el hombre por excelencia, Él que llevó una existencia de hombre de la manera más profunda e integral (Galot, 1972, pág. 127).



Dios comunica su perfección –que es su bondad–, mientras todas las criaturas intentan alcanzar su perfección que consiste en asemejarse a la perfección y bondad divinas. Claro está que, la bondad divina es el fin de todas las cosas (Santo Tomás de Aquino S Th, I, q. 44, a. 4) y, el hombre y las demás criaturas racionales alcanzan el último fin conociendo y amando a Dios (Santo Tomás de Aquino S Th, I, q.1, a. 8). Desde luego, Dios que ha creado en su amor este mundo, nos ha creado a su imagen y semejanza, pero no con el propósito de que encontremos nuestra plenitud en esta vida temporal, sino que nos crea con un propósito trascendental, “*para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre*” (GS, 18), y éste destino feliz es la vida eterna.

Sin embargo, el hombre en la tarea de su realización, de alcanzar la plenitud, de llenar su capacidad de infinito necesita de la ayuda de Cristo, el Hijo que se hace hombre para salvar al hombre (Torres-Queiruga, *Recuperar la salvación*, 1995, pág. 179). Sí, necesita de Cristo, quien siendo de naturaleza divina, asumió la naturaleza humana para darle plenitud al hombre en cumplimiento al plan salvífico del amor infinito de Dios. Cristo quien conduce nuestra humanidad, como el único Mediador de la salvación humana, a una realización plena, a la divinización del hombre (theopoiesis).

Aquí está lo esencial: la fe en un Dios que se une para siempre a lo humano, Jesús de Nazaret, y a través de él, a todos los seres humanos, para hablar de llegar todos al estado del hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo el Hombre perfecto (Ef 4, 13), el mismo Cristo, el Hombre Nuevo, arquetipo de todos los regenerados (Sobrino, 2007, pág. 451).

Dios se quiso hombre para enaltecer al hombre, para hacerlo divino. Y, es a partir de la Encarnación de Dios que se puede comprender el hombre a sí mismo; que si ésta no hubiese acaecido pues siempre se estuviera preguntando por su esencia (Sobrino, 2007, pág. 447). Por tanto, la Encarnación de Dios –hacerse carne– es el acontecimiento existencial por excelencia, es la gran aventura divina, la de una existencia humana deliberadamente afrontada e integralmente vivida (Galot, 1972, págs. 116-117). *La Encarnación es la más alta exaltación del hombre* (Galot, 1972, pág. 126), y en ella, Dios nos ha revelado su amor dialogal y el gran deseo de salvar al hombre.

Podemos afirmar que, en la Encarnación del Hijo de Dios –en Jesús– se ha hecho presente Dios, y que en Jesús se ha manifestado la vida verdadera. Desde luego, el Hijo de

Dios ha realizado la experiencia humana integral, exceptuando el pecado, para salvar al hombre, siendo el que salva a los hombres no es solamente un Dios que desde lo alto se apiada de ellos sino el Hijo de Dios que ha querido experimentar la existencia propia del hombre, que se solidariza con el destino humano (Galot, 1972, pág. 118).

De este modo, Dios ha tomado un rostro humano, porque Él se ha vaciado para que el hombre pueda llenarse de la plenitud de Dios –se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (2 Cor 8, 9) como lo enseñan los Padres de la Iglesia–, así lo expresa el texto de la Carta de San Pablo a los Filipenses:

Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios, al contrario, se anonadó a sí mismo, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre (Flp 2, 6-11).

Entendemos bien que, Dios se comunicó, se dio totalmente en su Hijo; Él se nos prometió a sí mismo en Jesús total e irrevocablemente. Jesucristo es iniciativa de Dios; así, la proximidad de Dios se hace presente en Jesús (Rahner, 1975, pág. 35). Jesucristo es sacramento de Dios, ya que el Logos pudo encarnarse: el Hijo de Dios se hizo verdaderamente hombre sin dejar de ser verdaderamente Dios. Luego, que el Hijo de Dios, siendo de naturaleza divina, asumió a la naturaleza humana para darle la verdadera plenitud al hombre en cumplimiento al plan del amor infinito de Dios, puesto que el Hijo se hizo hombre para salvar al hombre (Torres-Queiruga, Recuperar la salvación, 1995, pág. 179). Así, Dios es capaz de darlo todo por el hombre en la Kénosis del Verbo.

Desde luego, en la persona de Jesús se encuentra el fundamento a toda mediación; su humanidad es el lugar donde Dios y el hombre se encuentran de modo pleno y real. La humanidad de Jesús nos demuestra que estamos creados para Dios. El Verbo hecho carne – el Hijo de Dios– por medio de la Encarnación, se ha unido de alguna manera a todo ser humano (GS, 22). Y comprendemos lo que realmente somos cuando comprendemos que existimos porque Dios se quiso hombre; y es que, *el hombre se entiende desde el Hombre*

(Sobrino, 2007, pág. 449), es decir, desde el Verbo encarnado entendemos al hombre y su misterio. Así, Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre –hombre perfecto–, enviado por Dios Padre para salvarnos y darnos ejemplo, es como el espejo en el que el hombre puede saber quién es y cuál es su vocación, a qué lo ha llamado por Dios.

En definitiva, aquel Logos por el cual Dios se aproxima al hombre y es capaz de ser hombre y de vivir como hombre, es la revelación absoluta de Dios. Luego, por la Encarnación, el Hijo de Dios se ha unido a todo ser humano. De ahí que, por la Encarnación, los hombres pueden alcanzar la filiación de manera semejante a la de su Hijo (Uríbari, 2008, pág. 394). Es Jesús quien nos ha visitado compartiendo con nosotros la humildad de su carne, para que el hombre alcance la salvación por ese amor de Dios que le sobrepasa (Ef 3, 19) expresado en el Logos Encarnado (Uríbari, 2008, pág. 395).

Del mismo modo, los primeros cristianos han reflexionado sobre Jesucristo. Y descubren que la vida de cada hombre, don de Dios, se hace plenitud en Jesucristo: él es el rostro humano de Dios; en él se realiza la alianza definitiva de Dios con la humanidad. En Él se ha manifestado la vida verdadera (Sobrino, 2007, pág. 456). Pues, Dios se prometió a sí mismo al mundo, también se ha puesto como meta, se ha manifestado como Jesús, el crucificado y el resucitado (Sobrino, 2007, pág. 458). De ahí que, la vida es también el don por excelencia de Jesucristo; su misión es la de revelarnos la plenitud de la vida: “Yo he venido para que vivan y estén llenos de vida” (Jn, 10, 10). Él no sólo nos trae la vida; él mismo es la vida; en Él se encuentra el acceso al Padre: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie se acerca al Padre sino por mí” (Jn 14, 6). Para los cristianos, Jesucristo, su vida y su mensaje, su muerte y su resurrección se convierten en el punto de referencia para comprender el sentido de la vida y de su plenitud, su fin último. En verdad, *el Hijo de Dios ha realizado la experiencia humana integral, por supuesto, exceptuado el pecado* (Galot, 1972, pág. 127).

Dios al crearnos, sin duda, nos introduce en una aventura maravillosa, ya que como ser humano está llamado a ir siempre más allá y a entrar en relación con Dios que lo invita a convertirse en su imagen y su semejanza; es decir, a pasar de la existencia a la Vida. Una invitación que en Jesucristo alcanza toda su plenitud: la filiación divina (Martínez, s/a). Pues, *Jesús es la plenitud de la realidad humana* (Galot, 1972, pág. 128). Sucede que el hombre no tiene en él mismo la clave para comprenderse, sino que lo hace en el Hombre, en Jesucristo el Hijo de Dios quien es el hombre por excelencia; desde luego:

El hombre fue creado a imagen de Dios, y Dios es el más apto para vivir una vida humana por ser el primer modelo. Por el hecho de que era Dios, pudo Cristo llevar una existencia de hombre de la manera más integral. El Hijo de Dios, a título de ser la imagen primera del Padre, es más especialmente apto para devolver plenamente a la existencia humana su primitiva cualidad de semejanza con el Creador, y para restaurar y perfeccionar en el hombre la imagen de Dios. No existe contradicción ni repugnancia, sino armonía fundamental, entre el Verbo que es al principio y el hombre que llega a ser (Galot, 1972, pág. 127).

Jesucristo es el hombre perfecto, el ideal, el que manifiesta claramente lo qué es el hombre y qué pensó Dios de él (GS, 22). Es Él, quien configura todo el plan de Dios sobre el hombre. Ya la primera comunidad cristiana descubre que en la humanidad de Jesús, Dios se nos manifiesta el mismo, que en Jesucristo Dios se nos dice humanamente y se nos dice divinamente el hombre; por eso en Jesús podemos conocer al hombre y a Dios al mismo tiempo (Gastaldi, *El Hombre un misterio*, 2003, pág. 243). Dios se ha hecho hombre con el fin de que el hombre llegue a ser Dios. Desde luego, la Encarnación no es algo que ocurrió entre Dios y un hombre aislado, sino entre Dios y la humanidad entera, y de ese modo, el Hijo de Dios se unió de alguna manera a todos los hombres (Gastaldi, *El Hombre un misterio*, 2003, pág. 245). Cristo manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. Él nos revela el misterio que nosotros somos para nosotros mismos; y, seremos nosotros mismos, si somos de alguna manera Cristo (Gastaldi, *El Hombre un misterio*, 2003, pág. 246). Cristo manifiesta plenamente el hombre al propio hombre, pues, en Él conocemos al hombre verdadero tal y como Dios lo ha pensado y querido: porque Cristo es el hombre definitivo, el hombre maduro, plenamente realizado, anticipación de lo que será toda la humanidad al fin de la historia (Gastaldi, *El Hombre un misterio*, 2003, pág. 248).

Si bien el hombre tiene la llamada a la semejanza con Dios, ésta se realiza con la ayuda de la gracia venida del mismo Verbo Encarnado; si al hombre se lo entiende desde el Hombre, pues, al hombre lo ayuda el Hombre con su gracia, para que, de acuerdo al designio de Dios, lleguemos a ser hijos en el Hijo (Sobrino, 2007, pág. 455). Dios quiere, en su gracia, la salvación del ser humano; ese gran don de Dios que es liberación de lo que le oprime y rebaja al hombre, del pecado y de la maldad, y como el gozo de conocer a Dios y de ser conocido por Él, de verlo, y de entregarse a Él (EN 9, Denzinger 4571). Ello comienza en la vida de Cristo, a quien Dios lo ofrece como Maestro divino y modelo de

toda perfección: llamados por Dios y justificados en el Señor Jesús, por pura gracia de Dios, somos llamados a la plenitud de la vida en Cristo y a la perfección del amor, pues, esta santidad favorece, también en la sociedad terrena, un estilo de vida más humano (LG 40, Denzinger 4166).

Dios ha querido levantar a la humanidad, pues, *Dios tomó en Cristo el semblante humano más auténtico, para poder transformar este semblante, salvarlo y divinizarlo* (Galot, 1972, pág. 133). De ese modo, Cristo es el hombre destinado a curar espiritualmente a toda la humanidad y a comunicarle la vida eterna como Salvador; Él lo puede salvar porque asumió la humanidad –“lo que no fue asumido no fue sanado”–. Sucede que, el Verbo se hizo hombre para instaurar una humanidad nueva, pues, según el plan del Padre, el Hijo se haría hombre para realizar desde el interior la transformación de la naturaleza humana para la elevación de la naturaleza del hombre (Galot, 1972, pág. 134). Sin duda, el hombre en cuanto tal no tiene futuro, humanamente no hay futuro; tiene futuro pero en cuanto Dios se lo da, porque Dios lo salva. Desde luego, el hombre en cuanto hombre, verá desplegarse ante sí mismo toda su ruina, su descalabro, su frustración (Galeano, 2012, pág. 154). En realidad, es Jesucristo quien lleva en sí el destino de toda la humanidad, y confiere su sentido más verdadero y más definitivo, asume el hombre, lo salva, lo transforma, lo diviniza (Galot, 1972, pág. 137).

Todos los hombres están, por tanto, destinados a alcanzar en Cristo la comunión con Dios por obra del Espíritu Santo, a través del conocimiento y del amor. Realmente, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación. Esto vale no solo para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón actúa la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos y la vocación última del hombre es realmente una sola, es decir, la vocación divina (GS, 22). En definitiva, la felicidad del hombre es vivir con Dios según Jesucristo.

# CAPÍTULO III

## IGLESIA DE JESUCRISTO PARA UNA NUEVA EVANGELIZACIÓN HOY

### 3.1 LA IGLESIA, DON DE DIOS Y PORTADORA DE JESUCRISTO

En nuestros días, la situación del mundo y del ser humano ha cambiado, y nos atrevemos a afirmar una cultura emergente. La realidad es otra, en virtud de la Secularización alejada de su primera intención, el avance del Secularismo y el surgimiento de un Humanismo ateo dispuesto a hacer daño al hombre como tal. Desde luego, la Iglesia no puede ser indiferente ante esa realidad.

Ante una nueva condición de la humanidad, la Iglesia, sal de la tierra y luz del mundo (Mt 5, 13-14) se siente llamada con más urgencia a salvar y renovar a toda criatura para que todo se instaure en Cristo y todos constituyan una sola familia (AG, 1). Así, la Iglesia se hace presente para conducir estas realidades a la fe, a la libertad y a la paz de Cristo (AG, 5) y para que sean iluminadas por el Evangelio que se esfuerza por anunciar, fiel al mandato de su Señor. En realidad, la Iglesia, *en su conjunto, debe ponerse en camino para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos a lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud* (PF, 2). Por ende, la Iglesia es portadora de Jesucristo, el Hijo de Dios, quien siendo de naturaleza divina, asumió a la naturaleza humana para darle la verdadera plenitud al hombre en cumplimiento al plan del amor infinito de Dios, puesto que el Hijo se hizo hombre para salvar al hombre (Torres-Queiruga, *Recuperar la salvación*, 1995, pág. 179).

La Iglesia porta a Jesucristo y la noticia de su Evangelio. Y, por ser fiel al mandato recibido del Señor, defiende la dignidad que tiene el hombre en el mismo Dios, quien es su fundamento y perfección; conduce al hombre a la comunión con su Dios y a tomar parte de su beatitud, a ser hombre en la plenitud para la que fue creado, a imagen y semejanza de su Señor (Gn 1, 27). Pues, es Jesucristo quien lleva en sí el destino de toda la humanidad, y confiere su sentido más verdadero y más definitivo, asume el hombre, lo salva, lo transforma, lo diviniza (Galot, 1972, pág. 137). Así también, la Iglesia guía al hombre

hacia su meta, quien está llamado a vivir con Dios –capax Dei–, con lo que no puede aceptar doctrina alguna como el Secularismo que es contraria a su vocación.

La Iglesia –fiel al Divino Maestro– tanto ayer como hoy, anuncia el mensaje cristiano, a Jesucristo, como Aquel que es capaz de ofrecer razones para vivir y esperar; pues, solo en Él el hombre se puede realizar. La Iglesia hace la invitación a seguir a Jesucristo – Evangelio vivo y portador del Agua viva (Jn 4, 1ss) – porque se trata realmente de Aquel que nos trae la Salvación, o mejor dicho, quien es la Salvación. Pero, es necesario para entender que la Iglesia es portadora de Jesucristo, pues hablar de su naturaleza y misión como Iglesia de Cristo.

La Iglesia<sup>7</sup> es el pueblo que Dios reúne en el mundo entero. Ella es parte del designio salvífico de Dios. La Iglesia es una realidad histórica, ya que es el reino de Dios sobre la tierra, y para comprenderla hay que conocer su historia (Leclercq, 1964, págs. 5-6). Es la Iglesia de Cristo portadora del mensaje cristiano a lo largo de veinte siglos, producto de una vida donde la gracia se asocia a la acción de los hombres.

No cabe duda que la Iglesia tiene su origen dentro del designio de la Santísima Trinidad y su realización progresiva en la historia:

El Padre eterno, luego de haber creado todo el universo por un libérrimo y misterioso designio de su sabiduría y de su bondad; decretó elevar a los hombres a participar de la vida divina, y, caídos por el pecado de Adán, no los abandonó, antes bien siempre les brindó su ayuda en atención a Cristo Redentor. Les dispensó los auxilios para la salvación, también estableció convocar a quienes creen en Cristo en la Santa Iglesia, que ya fue prefigurada desde el origen del mundo, preparada admirablemente en la historia del pueblo

---

<sup>7</sup> La palabra "Iglesia" [*ekklesia*, del griego *ek-kalein* - "llamar fuera"] significa "convocación". Designa asambleas del pueblo (*Hch* 19, 39), en general de carácter religioso. Designa en el AT la asamblea del pueblo elegido en la presencia de Dios, sobre todo cuando se trata de la asamblea del Sinaí, en donde Israel recibió la Ley y fue constituido por Dios como su pueblo santo (*Ex* 19). Dándose a sí misma el nombre de "Iglesia", la primera comunidad de los que creían en Cristo se reconoce heredera de aquella asamblea. En ella, Dios "convoca" a su Pueblo desde todos los confines de la tierra. El término *Kyriaké*, del que se deriva las palabras *church* en inglés, y *Kirche* en alemán, significa "la que pertenece al Señor". En el lenguaje cristiano, la palabra "Iglesia" designa no sólo la asamblea litúrgica (*I Co* 11, 18; 14, 19. 28. 34. 35), sino también la comunidad local (*I Co* 1, 2; 16, 1) o toda la comunidad universal de los creyentes (*I Co* 15, 9; *Ga* 1, 13; *Flp* 3, 6). Estas tres significaciones son inseparables de hecho. La "Iglesia" es el pueblo que Dios reúne en el mundo entero. La Iglesia de Dios existe en las comunidades locales y se realiza como asamblea litúrgica, sobre todo eucarística. La Iglesia vive de la Palabra y del Cuerpo de Cristo y de esta manera viene a ser ella misma Cuerpo de Cristo (CEC, 751-752).

de Israel y en el AT, constituida en los últimos tiempos, manifestada por la efusión del Espíritu Santo y que se perfeccionará el fin de los siglos (LG, 2).

Vino, el Hijo, enviado por el Padre, que nos eligió en Él antes de la creación del mundo, y nos predestinó a la adopción de hijos, porque en Él se complació restaurar todas las cosas. En cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio y con su obediencia realizó la redención. Muere en la cruz, y atrae a todos hacia sí (Jn 12, 32) (LG, 3).

Consumada la obra que el Padre encomendó realizar al Hijo sobre la tierra (Jn 17,4), fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés a fin de santificar indefinidamente la Iglesia y para que de este modo los fieles tengan acceso al Padre por medio de Cristo en un mismo Espíritu (Ef 2,18). El Espíritu habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles como en un templo (1Cor 3, 16; 6, 19) y en ellos ora y da testimonio de la adopción de hijos; dirige con dones jerárquicos y carismáticos a la Iglesia hacia toda verdad. Toda la Iglesia aparece como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (LG, 4). *Por consiguiente, la Iglesia es el lugar concreto donde se hace presente la obra salvífica de Dios en Jesucristo mediante el Espíritu Santo* (Kasper, *El Evangelio de Jesucristo*, 2013, pág. 125). Siendo así, anotamos:

La Iglesia está en el centro mismo de la historia de la salvación, porque ella es la presencia histórica y visible, definitiva e irrevocable de la gracia victoriosa de Dios ofrecida a todos los hombres. Ella se sitúa en medio de la historia del mundo manifestando y realizando la salvación, en cuanto la gracia dada por Dios a los hombres en Cristo y por Cristo se hace eficazmente presente en ella (Anton, 1977, pág. 769).

Además, comprendemos la Iglesia cuando conocemos a Cristo. Ella aparece como una pieza esencial de la obra de Cristo. La lógica de su Encarnación y todo el plan de la Salvación, llama a la Iglesia. Y no cualquier grupo de discípulos que se llamen de Cristo, sino la sociedad visible de bautizados, pastores y fieles (Leclercq, 1964, págs. 17-18).

Ciertamente que, el misterio de la Iglesia se manifiesta en su fundación, querida por voluntad de Jesucristo. Es el Señor Jesús quien comenzó su Iglesia con el anuncio de la Buena Noticia –la llegada del Reino de Dios (Mc 1,15; Mt 4,17) –. Para cumplir la



voluntad del Padre, Cristo inauguró el Reino de los cielos en la tierra. La Iglesia es el Reino de Cristo *"presente ya en misterio"* (LG, 3). Este Reino se manifiesta a los hombres en las palabras, en las obras y en la presencia de Cristo (LG, 5). Para Jesús, acoger la palabra de Jesús es acoger "el Reino". El germen y el comienzo del Reino son el "pequeño rebaño" (Lc 12, 32) de los que Jesús ha venido a convocar en torno suyo y de los que él mismo es el pastor (Mt 10, 16; 26, 31; Jn 10, 1-21); así constituyen la verdadera familia de Jesús (Mt 12, 49). El Señor Jesús dotó a su comunidad de una estructura que permanecerá hasta la plena consumación del Reino. Ante todo está la elección de los Doce con Pedro como su Cabeza (Mc 3, 14-15); puesto que representan a las doce tribus de Israel (Mt 19, 28; Lc 22, 30), ellos son los cimientos de la nueva Jerusalén (Ap 21, 12-14). En realidad:

El comienzo histórico de la Iglesia se halla en el llamamiento por Cristo de los doce Apóstoles para comenzar el ministerio de la predicación del arrepentimiento para salvación y que fue confirmada por el bautismo del Espíritu Santo en Pentecostés, tras la resurrección de Jesucristo en Jerusalén, y su posterior ascensión. El cambio de actitud que sufrirían los Apóstoles tras la resurrección y Pentecostés iniciaría la evangelización de todas las naciones empezando por las ciudades o aldeas próximas (Padilla, 2007).

Los Doce (Mc 6, 7) y los otros discípulos (Lc 10, 1-2) participan en la misión de Cristo, en su poder, y también en su suerte (Mt 10, 25; Jn 15, 20). Con todos estos actos, Cristo prepara y edifica su Iglesia. Pero la Iglesia ha nacido principalmente del don total de Cristo por nuestra salvación, anticipado en la institución de la Eucaristía y realizado en la cruz. "El agua y la sangre que brotan del costado abierto de Jesús crucificado son signo de este comienzo y crecimiento" (LG, 3). Pues, del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de toda la Iglesia (SC, 5). Del mismo modo que Eva fue formada del costado de Adán adormecido, así la Iglesia nació del corazón traspasado de Cristo muerto en la cruz (CEC, 763-766).

En definitiva, la Iglesia debe ser entendida como realidad de comunión colmada del Espíritu de Cristo, ya que la Iglesia vive por completo desde Jesucristo, de Él y en Él; es sostenida y llevada de continuo por Él, alimentada y vivificada sin cesar por Él; participa de su pasión y su cruz, así como de su resurrección y su nueva vida (Kasper, *El Evangelio de Jesucristo*, 2013, pág. 65). Recordemos que la Iglesia vive de Cristo y para Cristo.

Independiente, desligada de Cristo dejaría de ser misterio y se confundiría entre otras instituciones. Cristo es Luz de las gentes, Él vino para iluminar a la Iglesia. Cristo es la luz del mundo, únicamente. Él es el Sol, la única fuente de luz. Al lado de ese Sol, que es Cristo, la Iglesia es como la Luna, que recibe del Sol su luz, el brillo y el calor (Kloppenburger, s/a, págs. 9-11). Cristo es el misterio de nuestra salvación; la Iglesia viene en un segundo lugar; la Iglesia es reflejo del misterio de Cristo (Kasper, La Iglesia de Jesucristo, 2013, pág. 267).

Necesariamente por la institución de la Iglesia nos acercamos a la fuente del agua viva de la Salvación, y conocemos la Persona de Jesucristo y su enseñanza. Pues, la obra de Dios es que crean a Aquel que Él ha enviado (Jn 6, 29), que es Mesías, Hijo de Dios, Maestro y Salvador. La Iglesia enseña al mundo la Buena noticia de Jesucristo Salvador, que en principio inició cuando Él se asoció un cierto número de hombres que continúen su obra. La Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús afirman su Persona y realizan la Salvación, y su obra debe continuar y debe ser desarrollada después de Él por medio de la Iglesia que fundó. Él encarga a los apóstoles proseguir la empresa, enseñar la Buena nueva; y tanto la Iglesia primitiva como en el Evangelio, no se plantea sino la transmisión de la Buena Nueva de los hombres enseñando a los hombres (Leclercq, 1964, págs. 18-23).

La obra de Dios es proseguida por los hombres encargados de esta misión. La Iglesia son precisamente los hombres que continúan la obra de Cristo, y los que los reciben, todos los que se adhieren a Cristo; pero antes que ellos, aquellos a quienes Cristo ha confiado directamente la suerte de su obra: los apóstoles. Y luego de la Ascensión de Cristo, se unen al Maestro, agrupándose alrededor de ellos (Leclercq, 1964, pág. 23).

Por su parte, para el Papa Francisco, la Iglesia tiene como centro y esencia a Dios quien manifestó su amor inmenso en Cristo muerto y resucitado, el “Evangelio eterno” (EG, 11). Obedece al mandato misionero de Jesús: “Id y haced que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolos a observar todo lo que os he mandado” (Mt 28, 19-20); es quien envía a los suyos a predicar el Evangelio en todo tiempo y por todas partes, de manera que la fe en Él se difunda en cada rincón de la tierra (EG, 19). Ella, es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (LG, 1).

El único fundamento de la Iglesia es Jesucristo, el Señor, el Verbo Encarnado (Jn 1, 14). La Iglesia vive de Cristo y para Cristo. Pues, no podemos entender la Iglesia sin Cristo. Él está en el corazón de toda acción cristiana y de todo el mensaje cristiano. La Iglesia se mantiene enraizada y edificada en Cristo, firme en la fe, tal como se le ha enseñado (Col 2, 5-7); la fe cristiana y el mensaje cristiano del cual es portadora la Iglesia está centrada en Cristo: confiesa que Jesús es el Señor (Rm 10, 9). Pues, en realidad, en cualquier época y lugar no puede haber auténtica evangelización sin la proclamación explícita de que Jesús es el Señor, y sin que exista un primado de la proclamación de Jesucristo en cualquier actividad de evangelización (EG, 110). Por eso la Iglesia regresa constantemente al encuentro de su Señor para cumplir con la tarea de transmitir únicamente el Evangelio, “fiel al depósito de la fe recibido desde antiguo” (1 Tim 6, 20).

*La Iglesia no tiene ninguna otra razón de ser que la de realizar la obra de Cristo. No es obra suya la que realiza, sino la obra de Cristo; su obra es realizar la obra de Cristo. Lo que ella enseña no es una enseñanza propia, sino la de Cristo; no es su propia vida la que ella trae, sino la de Cristo; es decir que ella no tiene una enseñanza que le sea propia, inventada por la Iglesia fuera de Cristo; ella no tiene una vida propia y que ella comunica, extraña a aquella de Cristo; y donde, como en los mandamientos llamados de la Iglesia, establece ciertas prescripciones que no son formalmente de Cristo, aun entonces únicamente lo hace para aplicar la ley de Cristo y conducir los hombres a Cristo (Leclercq, 1964, pág. 17).*

La Iglesia es portadora del mensaje cristiano: tiene la ardua tarea de evangelizar, porque ha sido y se siente enviada por Jesús. Se le ha confiado esa misión. Ella no presume de predicar la Buena noticia, sino por el contrario, es su obligación: ¡Ay de mí si no predico el Evangelio! Su inspiración, motivo, y ejemplo es el mismo Jesucristo, quien enviado por el Padre ha venido para anunciar el mensaje de salvación a los pueblos (Mc 1, 38), y luego envió a los apóstoles (Jn 20, 21). Con ello, nos referimos a la Iglesia en cuanto tal por esencia es misionera y evangelizadora: Esta tarea de anunciar la verdad salvadora, que la Iglesia recibió de los apóstoles con la misión de llevarla hasta los confines de la tierra (Hch 1, 8) lo hace con la asistencia del Espíritu Santo y la presencia permanente de su Maestro. Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del

don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios... (EN14, DENZINGER 4573). Es toda la tarea que hace la Iglesia, y consiste en la predicación, la catequesis, la liturgia, la vida sacramental, la piedad popular, el testimonio de vida cristiana, e incluso la *missio ad gentes* (EN , 17, 21, 48). Y, sin duda es una tarea de todos, como hoy lo recuerda frecuentemente el Papa Francisco.

La Iglesia es enviada por Jesucristo como sacramento de la salvación ofrecida por Dios (EG, 112). La iniciativa es de Dios. La Iglesia nace de Dios, y es imagen y semejanza de aquella comunicación intratrinitaria, entre las Personas de la Trinidad, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo; y luego de la comunicación de Dios al hombre y al mundo. De ahí que, podemos entender que la comunicación del Evangelio por parte de la Iglesia a la humanidad reside en la esencia una y trina de Dios, y en su Revelación: “La Iglesia transmite la vida trinitaria. En Cristo, por el Espíritu Santo, se manifiesta el rostro del amor divino y la comunión de los hombres con Dios” (R. Galetto, G. Berzosa, 2012, pág. 105).

El Evangelio de Jesucristo es proclamado por la Iglesia, con la finalidad del encuentro y la comunión con Cristo –verdadero Dios y verdadero hombre– en quien el hombre halla su plenitud humana: *Jesús es la plenitud de la realidad humana* (Galot, 1972, pág. 128). Por eso, el Cristianismo es una buena noticia para todos los hombres y las culturas. Así, en la tarea de evangelizar, la Iglesia no tiene como finalidad enseñar una doctrina o el contenido de un libro ni siquiera solo artículos de fe o preceptos morales (R. Galetto, G. Berzosa, 2012, pág. 113), por el contrario, busca el encuentro con la Persona de Jesucristo, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva (DCE, 1). No hay otra intención que insertar a los hombres en la relación del Hijo con su Padre por el Espíritu Santo.

Bien sabemos, Dios entró en la historia de la humanidad de un modo nuevo y definitivo enviando a su Hijo en nuestra carne, y a hacernos partícipes de su naturaleza divina. Él ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido (Lc 19, 10). Y, lo que el Señor ha predicado una vez o lo que en Él se ha obrado para la salvación del género humano, la Iglesia debe proclamarlo y difundirlo hasta las extremidades de la tierra (AG, 3). Más en el presente orden de las cosas, del que surge una nueva condición de la humanidad, la Iglesia, sal de la tierra y luz del mundo (Mt 5, 13-14) se siente llamada con más urgencia a salvar y renovar a toda criatura para que todo se instaure en Cristo y todos los hombres constituyan en Él una familia y un Pueblo de Dios (AG, 1). De este modo, la Iglesia se constituye en la

portadora del mensaje de salvación, porque persigue como propio de Dios la salvación de todos los hombres y el conocimiento pleno de la verdad (1Tm 2,3-4). Lo puede hacer, porque *en el mundo la Iglesia es una inmensa fuerza renovadora, ciertamente no por sus fuerzas, sino por la fuerza del Evangelio, en el que sopla el Espíritu Santo de Dios, el Dios Creador y Redentor del mundo* (R. Galetto, G. Berzosa, 2012, pág. 157).

### **3.2 LA IGLESIA Y LA PROMOCIÓN DE LA DIGNIDAD HUMANA**

La Iglesia –nacida de la Trinidad, pues, toma su origen en la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio del Padre (AG, 2)– es portadora de Jesucristo. Ella anuncia la gran novedad al mundo que es Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre; la Palabra y la Vida, venido al mundo para hacernos *“partícipes de la naturaleza divina”* (2Pe 1, 4), venido a participarnos de su propia vida; que, como nos enseñan los Padres de la Iglesia, se hizo pobre para enriquecer al hombre. La Iglesia anuncia a Jesucristo que es el *“Evangelio eterno”* (Ap 14, 6), el mismo de ayer, hoy y para siempre (Hb 13, 8) (EG, 11).

Ahora presentamos a la Iglesia en su tarea de servir a la humanidad llevando la vida plena de Cristo a fin de promover la dignidad de la persona. Pues, Jesucristo ilumina la existencia humana (VD, 99), Jesucristo ha venido para que tengamos vida y la tengamos en abundancia (Jn 10, 10). Desde luego, la Iglesia, en su tarea evangelizadora, tiene a bien la promoción humana integral; entendiéndose por ello:

El conjunto de actividades que ayudan a despertar la conciencia del ser humano en todas sus dimensiones y a valerse por sí mismo para ser protagonista de su propio desarrollo humano y cristiano. La promoción humana educa para la convivencia, da impulso a la organización, fomenta el compartir cristiano de los bienes, ayuda de modo eficaz a la comunión fraternal y a la participación solidaria. La promoción humana es una parte integral de la evangelización (www.bibliatodo.com, 2016).

Y cuando hablamos de la promoción humana, nos referimos a la promoción integral de todos los hombres y de todo el hombre, en la misma medida en que el Evangelio es

anunciado por la Iglesia a todos los hombres y a todo hombre: el hombre necesita de Dios que tiene rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo; y nadie puede guardarse a Jesucristo que es para todos, para cada hombre (VD, 91).

Sin duda, la promoción humana implica una referencia explícita a Dios, como garante y fuente de la auténtica promoción humana, y a Cristo, como Maestro y ejemplo de promoción humana integral. Pero, *la Iglesia es servidora de la salvación no en abstracto o en sentido meramente espiritual, sino en el contexto de la historia y del mundo en que el hombre vive, donde lo encuentra el amor de Dios y la vocación de corresponder al proyecto divino* (CDSI, [www.vatican.va](http://www.vatican.va), 60). La Iglesia se dirige al hombre insertado en la compleja trama de relaciones de la sociedad moderna, con todas sus ordenaciones estructurales, es decir, política, económica, jurídica y cultural (CDSI, 61). Por ende, todos los ámbitos de la humanidad son iluminados por la Luz de Cristo.

Todo lo que atañe a la comunidad de los hombres —situaciones y problemas relacionados con la justicia, la liberación, el desarrollo, las relaciones entre los pueblos, la paz—, no es ajeno a la evangelización; ésta no sería completa si no tuviese en cuenta la mutua conexión que se presenta constantemente entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre. Por eso, entre evangelización y promoción humana existen vínculos profundos, porque el hombre que hay que evangelizar no es un ser abstracto, sino un ser sujeto a los problemas sociales y económicos (CDSI, 66).

Pues sí, entre evangelización y promoción humana existen efectivamente lazos muy fuertes: No se puede dissociar el plan de la creación del plan de la redención que llega hasta situaciones muy concretas de injusticia, a la que hay que combatir, y de justicia que hay que restaurar (EN, 31). Con el mensaje evangélico la Iglesia ofrece una fuerza liberadora y promotora del desarrollo precisamente porque lleva a la conversión del corazón y de la mentalidad; ayuda a reconocer la dignidad de cada persona; dispone a la solidaridad, al compromiso, al servicio de los hermanos; inserta al hombre en el proyecto de Dios, que es la construcción del Reino de paz y de justicia, a partir ya de esta vida. Es la perspectiva bíblica de los nuevos cielos y nueva tierra (Is 65, 17). El desarrollo del hombre viene de Dios, del modelo de Jesús Dios y hombre, y debe llevar a Dios. He ahí porqué entre el anuncio evangélico y promoción del hombre hay una estrecha conexión (Rmi, 59).

La Iglesia, en fidelidad al modelo del Maestro, anuncia el Evangelio a todos los hombres, sale hacia todos para llegar a las periferias humanas (EG, 46) tan necesitadas del Dios que humaniza y que salva. Ella, como una Madre de corazón abierto, acompaña a la humanidad en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean (EG, 24), siempre vigilante a los signos de los tiempos, sobre todo ante procesos que pueden llegar a ser procesos de deshumanización difíciles de revertir más adelante, ya que afectan a la vida y a la dignidad de la persona (EG, 51).

En la promoción de la dignidad humana, la Iglesia se propone ayudar al hombre en el camino de la salvación, que consiste en el anuncio de la Persona de Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios –su nombre, doctrina, vida y promesas, reino, misterio– (VD, 98) , pues, Él es Palabra de vida que resuena en las vicisitudes históricas y sociales de la existencia humana; así, la Iglesia puede comprender al hombre en su vocación y en sus aspiraciones, en sus límites y en sus dificultades, en sus derechos y en sus tareas (CDSI, 61). Con el anuncio del Evangelio, la Iglesia le enseña al hombre, en nombre de Cristo, su dignidad propia y su vocación a la comunión de las personas, y le descubre las exigencias de la justicia y de la paz, conformes a la sabiduría divina (CDSI, 63). Pues, no puede olvidar el ser humano su vocación a la comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas –esto es clave de nuestra propia realización–, ya que Dios ha impreso esto en él desde su creación.

Ahora, el fundamento que impulsa a la Iglesia a promover la dignidad humana en estos tiempos es el fundamento de Jesucristo. *La Iglesia sabe por revelación de Dios y por existencia humana de la fe, que Jesucristo es la respuesta total, sobreabundante y satisfactoria, a las preguntas humanas sobre la verdad, el sentido de la vida y de la realidad, la felicidad, la justicia y la belleza* (DA, 380). Es Jesucristo, el Buen Pastor, quien nos comunica su vida y se pone al servicio de la vida: lo vemos cuando se acerca al ciego del camino (Mc 10, 46-52) cuando dignifica a la samaritana (Jn 4, 7-26), cuando sana a los enfermos (Mt 11, 2-6), cuando alimenta al pueblo hambriento (Mc 6, 30-44), cuando libera a los endemoniados (Mc 5, 1-20). En su Reino de vida, Jesús incluye a todos: come y bebe con los pecadores (Mc 2, 16), sin importarle que lo traten de comilón y borracho (Mt 11, 19); toca leprosos (Lc 5, 13), deja que una mujer prostituta unja sus pies (Lc 7, 36-50) y, recibe a Nicodemo para invitarlo a nacer de nuevo (Jn 3, 1-15). Igualmente, invita a sus discípulos a la reconciliación (Mt 5, 24), al amor a los enemigos (Mt 5, 44), a optar por los más pobres (Lc 14, 15-24) (DA, 353). Jesucristo nos ofrece

mucho, incluso mucho más de lo que esperamos, pues, Dios ha querido levantar a la humanidad por Jesucristo: *Dios tomó en Cristo el semblante humano más auténtico, para poder transformar este semblante, salvarlo y divinizarlo* (Galot, 1972, pág. 133). Desde luego, sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro, incluso, no hay humanidad.

La vida plena en Cristo toca las diversas dimensiones de nuestra existencia humana en lo personal, social y cultural. Él sana, fortalece, humaniza y nos comunica una legítima alegría de vivir y de disfrutar de todo lo bueno que Dios nos ha dado (DA, 356). Siguiendo la dinámica de Jesús el Buen Samaritano, la Iglesia puede hacerse prójimo, especialmente con el que sufre, y generar una sociedad sin excluidos siguiendo la práctica de Jesús que ama a todos. Así, el discípulo de Cristo, miembro de la Iglesia, se siente impulsado a llevar a Jesucristo –Buena Nueva– como salvación a los hermanos (DA, 146).

Por otra parte, la Iglesia siempre ha sabido suscitar un impulso hacia el progreso. Pero, obviamente que la Iglesia no tiene soluciones técnicas que ofrecer a los problemas de la sociedad y el hombre, sino que proclama la verdad sobre Cristo –para mí la vida es Cristo (Flp 1, 21) –, sobre sí misma y sobre el hombre, aplicándola a una situación concreta. Sucede que, el mejor servicio al hermano es la evangelización, que lo prepara a realizarse como hijo de Dios, lo libera de las injusticias y lo promueve integralmente. De ahí que, la misión de la Iglesia no es actuar directamente en el plano económico, técnico, político o contribuir materialmente al desarrollo, sino que consiste esencialmente en ofrecer a los pueblos no un “tener más”, sino un “ser más”, despertando las conciencias con el Evangelio. El desarrollo humano auténtico debe echar sus raíces en una evangelización cada vez más profunda (Rmi, 58). La Iglesia, experta en humanidad, fiel a los signos de los tiempos, continúa su misión de fe, invitando a los hombres a comprometerse en la construcción de un mundo más justo, humano y habitable, en la apertura hacia Dios y el Evangelio anunciado desde antiguo.

Por lo general, cuando se habla de promoción humana, generalmente, muchos hacen referencia a los aspectos materiales de la existencia, –dígase alimento, vivienda, cuidados médicos, salario adecuado, salud, trabajo seguro y en condiciones humanas, disposición de abundancia de bienes–, pero la promoción humana no se agota o reduce en la mejora de las condiciones materiales de la existencia y en un crecimiento del bienestar. El hombre sabe que no puede descuidar aquellos aspectos materiales –contemplados no como fines sino



como medios para el desarrollo—, ya que son parte de la promoción humana; sin embargo, no llevan consigo al crecimiento de los valores más altos del hombre; por el contrario, un “amor” desmedido por ellos suelen constituir una asechanza y un peligro que lleve a la perdición al ser humano, y lo aleje de su realización plena en comunión con el Creador. Con ello, San Juan Pablo II afirma que, el desarrollo de un pueblo no deriva primariamente ni del dinero, ni de las ayudas materiales, ni de las estructuras técnicas, sino más bien de la formación de las conciencias, de la madurez de la mentalidad y de las costumbres. Por ende, en la promoción humana, el hombre siempre será el protagonista. De ahí que la Iglesia eduque las conciencias en el Dios que se revela, la grandeza del hombre creado a imagen de Dios y amado por él; la igualdad de todos los hombres como hijos de Dios; el dominio sobre la naturaleza creada y puesta al servicio del hombre; el deber de trabajar para el desarrollo del hombre entero y de todos los hombres (Rmi, 58).

Además, algo muy bueno es el aporte de la Iglesia a la liberación y promoción humana, aporte que se ha venido concretando en un conjunto de orientaciones doctrinales y criterios de acción llamado enseñanza social de la Iglesia. Tienen su fuente en la Sagrada Escritura, en la enseñanza de los Padres y grandes teólogos de la Iglesia y en el Magisterio, especialmente de los últimos Papas. El objeto primario de esta enseñanza social es la dignidad personal del hombre, imagen de Dios y la tutela de sus derechos inalienables. La Iglesia ha ido explicitando sus enseñanzas en los diversos campos de la existencia, lo social, lo económico, lo político, lo cultural, según sus necesidades. Por tanto, la finalidad de esta doctrina de la Iglesia —que aporta su visión propia del hombre y de la humanidad (PP 13) — es siempre la promoción y liberación integral de la persona humana, en su dimensión terrena y trascendente, contribuyendo así a la construcción del Reino último y definitivo, sin confundir progreso terrestre y crecimiento del Reino de Cristo (GS, 39) (CELAM, Evangelización, Liberación y Promoción Humana, 472, 475).

Es grandioso admirar el trabajo de la Iglesia en el campo de la promoción humana. Se busca el beneficio de todos los hombres en sus anhelos de mejorar sus condiciones de vida, de tal modo, que todo hombre pueda realizarse como persona y como hijo de Dios. En esta consideración, el Papa Francisco asegura, en la línea de un discernimiento evangélico —con la luz y la fuerza del Espíritu Santo— es necesario reconocer que la humanidad vive un momento de giro histórico donde existen algunos avances positivos, pero además la mayoría de hombres y mujeres de nuestro tiempo viven situaciones que merecen atención

en tanto está siendo estropeada la dignidad del ser humano, está siendo vulnerada, sin que cada ser humano pueda realizarse verdaderamente como persona e hijo de Dios (EG, 52). Por tanto, es importante estar en sintonía con los signos de los tiempos: los deberes y los derechos humanos, una economía de exclusión, el cuidado de la casa común (la ecología y la tierra como don de Dios), el respeto a la vida, la idolatría al dinero, la inequidad que genera violencia, la cultura del descarte, el empobrecimiento y la solidaridad, el trabajo humano, el abuso de la política, el orden económico, la globalización de la indiferencia, el consumo desmedido, el olvido de los pobres, la familia, la ideología del género, entre otras situaciones. Por ello, es necesario evangelizar afrontando los diversos desafíos a presentarse en nuestros días (EG, 61).

La Persona de Jesucristo lleva a la Iglesia a asumir evangélicamente y desde la perspectiva del Reino las tareas prioritarias que contribuyen a la dignificación de todo ser humano, y a trabajar junto a los demás en bien del ser humano. Considerando el Documento de Aparecida, destacamos algunos ámbitos, prioridades y tareas como parte de la promoción humana y la evangelización:

- Socorrer las necesidades urgentes de nuestros hermanos y, al mismo tiempo colaborar con otros organismos e instituciones para organizar estructuras más justas que promueven la convivencia humana, y que consoliden un orden social, económico y político justo. Tal orden es tarea de la sociedad y del Estado, y a la Iglesia corresponde la formación de las conciencias en los valores sociales y comunicar la vida de Cristo con el anuncio de la Palabra, con los Sacramentos y con la caridad (DA, 384-386).
- Ayudar a los hermanos, ya que el abandono y marginación de muchos contradice el proyecto del Padre. Se requiere que las obras de misericordia estén acompañadas por la búsqueda de una verdadera justicia social, que vaya elevando el nivel de vida de los ciudadanos, promoviéndolos como sujetos de su propio desarrollo (DA, 385).
- Ayudar a los fieles cristianos a vivir su fe con alegría y coherencia, a tomar conciencia del ser personas e hijos de Dios, enviados por Él al mundo para anunciar y dar testimonio de nuestra fe y amor (DA, Discurso inaugural).
- Vivencia de un dinamismo de liberación, de humanización, de reconciliación y de inserción social (DA, 359).

- Comunicar la vida de Jesucristo a todas las personas, anunciando la Palabra, administrando los sacramentos y practicando la caridad (DA, 386).
- Trascender el hedonismo materialista y abrazar la cruz de Cristo (DA, 357).
- Ayudar con la predicación, la catequesis, la denuncia, y el testimonio del amor y de la justicia (DA, 385).
- Atención a los rostros sufrientes que nos duelen, a los marginados y olvidados, y nuevos rostros de pobres y excluidos (DA, 407-427).
- Valorar el don de la vida (DA, 387).
- Contemplar en los pobres y hermanos sufridos el rostro de Jesucristo que nos llama a servirlos en ellos (DA, 393).
- La mayor pobreza es la de no reconocer la presencia del misterio de Dios y de su amor en la vida del hombre, que es lo que verdaderamente salva y libera (DA, 405).
- Frente a los ídolos del poder, de la riqueza y del placer, que sojuzga al hombre, hemos de anunciar el valor supremo de cada hombre y de cada mujer, creados por Dios a su imagen y semejanza y destinados a la vida plena como hijos suyos en Cristo (DA, 387-390).
- Trabajar por el bien común global, promoviendo una justa regulación de la economía, finanzas y comercio mundial (DA, 406).
- La solidaridad como actitud permanente de encuentro, hermandad y servicio, se han de manifestar en gestos visibles como defender la vida y los derechos de los más vulnerables y en el acompañamiento permanente de sus esfuerzos por ser sujetos de cambio y transformación de su situación. Proclamar la verdad sobre el ser humano y la dignidad de toda persona humana (DA, 387-390).

En definitiva, la Iglesia –en fidelidad al Maestro– defiende la dignidad que tiene el hombre en el mismo Dios, quien es su fundamento y perfección; conduce al hombre hacia la comunión con su Dios y a tomar parte de su beatitud, a ser hombre a imagen y semejanza de su Señor (Gn 1, 27). La Iglesia está comprometida con la promoción humana –procurando acercar a Jesucristo y su Evangelio– a fin de que todo ser humano se realice verdaderamente como persona e hijo de Dios, puesto que todo hombre es protagonista de la promoción humana. Desde luego, que el Evangelio de Jesucristo anunciado por la Iglesia no está en contra del hombre, sino a favor del hombre, pues, Dios ha querido salvar

al hombre. Sin embargo, la humanidad vive un momento de giro histórico que solicita volver a anunciar el Evangelio, haciendo posible una nueva evangelización.

### **3.3 URGENCIA DE UNA NUEVA EVANGELIZACIÓN**

La realidad ha sido descrita. La situación actual ha cambiado en virtud de la secularización alejada de su primera intención. Y a pesar de ello, la Iglesia no se comporta indiferente, sino que es consciente de su misión encomendada por Cristo y de su papel en el mundo a favor de la promoción de la dignidad humana. Ella renueva su propuesta evangélica, frente a los desafíos de la situación contemporánea a causa del Secularismo. Ante esta realidad, la Iglesia de Cristo está llamada a volver a proponer el Evangelio de Jesucristo; hablamos de una nueva Evangelización, como lo han afirmado los últimos Pontífices (R. Galetto, G. Berzosa, 2012, pág. 159). Esa es la tarea pastoral más urgente de toda la Iglesia en nuestro tiempo; tarea que nace de la vida misma de la Iglesia movida por la fuerza del Evangelio: una invitación por Jesús a lanzar de nuevo la red, a remar mar adentro (Lc 5, 4).

La Iglesia tiene la necesidad de un nuevo tiempo misionero para todo el Pueblo de Dios (VD, 96), en un mundo con desafíos, donde la humanidad vive un momento de giro histórico que solicita volver a anunciar el Evangelio, haciendo posible una Nueva Evangelización. Pero, una misión transversal que afecte conjuntamente la catequesis y la enseñanza, la liturgia y la actividad pastoral ordinaria, las familias y las parroquias, los seminarios y las universidades. Pues, nos damos cuenta de la necesidad de que la luz de Cristo ilumine todos los ámbitos de la humanidad, los mencionados anteriormente, al igual que la familia, la escuela, la cultura, el trabajo, el tiempo libre, la educación y los otros sectores de la vida social (VD, 93). Además, hay que considerar estructuras y modelos que no están acomodados al nuevo modelo de sociedad, exigen nuevas alternativas de atención (Estrada J. A., 2006, pág. 228) . Desde luego, a pesar de las situaciones difíciles, la Iglesia no se cansa de anunciar la Buena Nueva del Evangelio e invita a todos los hombres a redescubrir el atractivo del seguimiento de Cristo, en quien está su realización como persona e hijo de Dios.

La Iglesia está convencida de su tarea evangelizadora, y está abierta a una Nueva Evangelización, tan necesaria en nuestra época con sus rápidas y profundas

transformaciones. Tarea que vuelve a proponer el Evangelio, que nos ayude a descubrir a Dios, el mismo que nos ayuda a descubrir que existimos desde un origen amoroso, que el fundamento de la realidad es una trascendencia personal y que toda nuestra vida se orienta como a su destino a un futuro perfecto, a una vida en la que nuestra condición personal se realizará de forma plena. Que el hombre pueda alcanzar la salvación, posibilidad gratuita dada de vivir plenamente la relación con Dios a la que Él nos ha llamado al llamarnos a la existencia humana: Dios con y para el hombre (Velasco, *La Religión en nuestro mundo*, 1978, pág. 89).

Sin duda, la evangelización es la principal tarea de la Iglesia, pero en estos últimos tiempos se pone el acento en la necesidad de una Nueva Evangelización: ha llegado la hora de emprender una Nueva Evangelización. Esta se requiere ante el indiferentismo, el secularismo y el ateísmo que envuelven a países tradicionalmente cristianos y ante el avance de la secularización y otros retos (CELAM, *Nueva Evangelización*, 1991, pág. 97).

*Pero, el proyecto de una Nueva Evangelización está condenado al fracaso si lo que pretende es una restauración del modelo de la cristiandad* (Estrada J. A., 2006, pág. 194). Como quien quiere recuperar lo perdido en el pasado por dar paso a la autonomía de las realidades temporales, ya que la Iglesia fue aislada de la sociedad, Dios llegó a ser desplazado y el hombre era el centro de todo, a causa del inicio del proyecto de secularización, pero que luego de alejarse de su intención original llegó a ser un secularismo que no trajo buenas nuevas. Y por otra parte, la Iglesia necesita ser consciente de que debe anunciar el Evangelio a un hombre culturalmente distinto, porque en caso contrario su mensaje no será percibido (González-Carvajal, 2003, pág. 135).

Es importante estar convencidos de que sí es posible la tarea evangelizadora. Ciertamente esta tarea exige la existencia de un mundo indigente y consciente de su situación, necesitado de salvación; y de un grupo con carisma para que ofrezca, incluso con su sola presencia, una solución a su situación de indigencia (Velasco, *La Religión en nuestro mundo*, 1978, pág. 189). Sin duda, hay un nuevo contexto para la acción evangelizadora. Un contexto, donde resultó una cultura profana, marcada por la ciencia, la democracia y la racionalización secularizada, marcando el siglo XIX y parte del siglo XX para irrumpir como matriz global de una nueva forma de ser y sentirse en el mundo que afecta decididamente al Cristianismo (Estrada J. A., 2006, pág. 119). Una realidad que

plantea problemas familiares, socioculturales y eclesiales, que a su vez exige alternativas pastorales y catequéticas (Estrada J. A., 2006, pág. 228).

Pero, es bueno saber que el aspecto más notable de la Nueva Evangelización sea la insistencia en el anuncio explícito de Jesucristo. Pues, la evangelización, antes que presentación de un mensaje, es anunciar a Jesucristo, Dios y Hombre, como Salvador integral del hombre y de todos los hombres. Él es la Buena Noticia que hace presente el Reino en su vida, muerte y resurrección. De este modo se recupera con fuerza el sentido tradicional del Kerigma cristiano. Claro está que nuestro mundo es muy sensible a este anuncio de la persona de Jesús (CELAM, Nueva Evangelización, 1991, pág. 97). En realidad, *toda persona de nuestro tiempo, lo sepa o no, necesita este anuncio* (VD, 91), puesto que, el Evangelio vivo y personal, Jesucristo mismo, es la noticia nueva y portadora de alegría que la Iglesia testimonia y anuncia cada día a todos los hombres. Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y el más grande evangelizador. Lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena (CELAM, Nueva Evangelización, 1991, pág. 97).

Junto a este acento en la persona de Jesús, el Magisterio hace hincapié en que la Iglesia es continuadora de su propia misión frente a uno de los graves peligros y desviaciones de nuestra época, que consiste en aceptar a Jesucristo sin la Iglesia. Existe un nexo íntimo entre Cristo, la Iglesia y la evangelización. Mientras dure este tiempo de la Iglesia, es ella la que tiene a su cargo la tarea de evangelizar (CELAM, Nueva Evangelización, 1991, pág. 97), pero solo siendo *fiel al modelo del Maestro, es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo* (EG, 23).

Sin duda alguna, toda evangelización parte del mandato de Cristo a sus apóstoles y sucesores, se desarrolla en la comunidad de los bautizados, en el seno de las comunidades vivas que comparten su fe, y se orienta a fortalecer a la vida de adopción filial en Cristo, que se expresa principalmente en el amor fraterno (SD, 23). Pero debemos aclarar ¿qué es la Nueva Evangelización?

El Documento Conclusivo de la Cuarta Conferencia episcopal de Santo Domingo nos explica en qué consiste la Nueva Evangelización (SD, 24):

La Nueva Evangelización tiene como punto de partida la certeza de que en Cristo hay una inescrutable riqueza (Ef 3, 8) que no agota ninguna cultura, ni ninguna época, y a la cual podemos acudir siempre los hombres para enriquecernos. Es reconocer que existió una antigua o primera. Pero, no significa que la anterior haya sido inválida, infructuosa o de poca duración. Significa que hay desafíos nuevos, nuevas interpelaciones que se hacen a los cristianos y a los cuales es urgente responder.

No significa proponer un nuevo Evangelio diferente del primero: pues, hay un solo y único Evangelio del cual se pueden sacar luces nuevas para los problemas nuevos. No quiere decir reevangelizar. No es prescindir de la primera evangelización sino partir de los ricos y abundantes valores que ella ha dejado para profundizarlos y complementarlos, corrigiendo las deficiencias anteriores.

Es más bien, algo operativo, dinámico. Es ante todo una llamada a la conversión y a la esperanza, que se apoya en las promesas de Dios y que tiene como certeza inquebrantable la Resurrección de Cristo, primer anuncio y raíz de toda evangelización, fundamento de toda promoción humana, principio de toda auténtica cultura cristiana. Es también un nuevo ámbito vital, un nuevo Pentecostés donde la acogida del Espíritu Santo, hará surgir un pueblo renovado constituido por hombres libres conscientes de su dignidad y capaces de forjar una historia verdaderamente humana. Es el conjunto de medios, acciones y actitudes aptos para colocar el Evangelio en diálogo activo con la posmodernidad, sea para interpretarlos, sea para dejarse interpelar por ellos.

Esta Nueva Evangelización propuesta es nueva no en los contenidos, sino en el impulso interior, abierto a la gracia del Espíritu Santo, que constituye la fuerza de la ley nueva del Evangelio y que renueva siempre a la Iglesia; es nueva en la búsqueda de modalidades que correspondan a la fuerza del Espíritu Santo y sean adecuadas a los tiempos y a las situaciones; es nueva porque es necesaria incluso en países que ya han recibido el anuncio del Evangelio (R. Galetto, G. Berzosa, 2012, pág. 151) .

El anuncio es nuevo, pero es el mismo, que se fundamenta en Cristo, el Hombre nuevo, para un mundo que avanza, pues, son nuevas las circunstancias en las que se desarrolla, son nuevos los desafíos y los acontecimientos que involucran al hombre (R. Galetto, G. Berzosa, 2012, pág. 152). Hablamos de una Nueva Evangelización, nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión (R. Galetto, G. Berzosa, 2012, pág. 153).

La Nueva Evangelización, entre sus finalidades, persigue la formación de nuevas comunidades evangelizadoras y la conversión de la humanidad a los valores evangélicos, aunque siempre respetando la libertad de todos los hombres y todos los pueblos. Tiene como finalidad formar hombres y comunidades maduras en la fe y dar respuesta a la nueva situación que vivimos, provocada por los cambios sociales y culturales de la posmodernidad –como sucede con el Secularismo–; y por cierto, tiene la tarea de suscitar la adhesión personal a Jesucristo y a la Iglesia de tantos hombres y mujeres bautizados que viven sin energía el Cristianismo, que han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una existencia alejada de Cristo y de su Evangelio (SD, 26).

En definitiva, en la Nueva Evangelización, la Iglesia pone en el centro a Jesucristo y el encuentro con Él, y anuncia el Evangelio a través de nuevos caminos capaces de hablar a las culturas contemporáneas (R. Galetto, G. Berzosa, 2012, pág. 41). La promoción de este nuevo impulso misionero es consecuente sobre todo por *las dinámicas complejas y la progresiva secularización de la sociedad que está viviendo una especie de eclipse del sentido de Dios, que constituye un desafío a encontrar medios adecuados para volver a proponer la perenne verdad del Evangelio de Cristo* (R. Galetto, G. Berzosa, 2012, pág. 145).

Una Nueva Evangelización responde a los deseos más hondos del corazón del hombre moderno, pues, el hombre del tercer milenio desea una vida auténtica y plena, tiene necesidad de verdad, de libertad profunda, de amor gratuito. Incluso, en los desiertos del mundo secularizado, el alma del hombre tiene sed de Dios, del Dios vivo (R. Galetto, G. Berzosa, 2012, pág. 157). En realidad, para esta tarea urgente hay un trasfondo: es un tiempo en el que las personas viven la propia vida como una verdadera experiencia de desierto, de oscuridad de Dios, de vacío del alma, sin conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre; motivos por los que la Iglesia debe ponerse en camino como Cristo para rescatar a los hombres de ese desierto y vacío y conducirlos al lugar de la Vida, a la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida; una vida en plenitud (R. Galetto, G. Berzosa, 2012, págs. 44-45).

El tema de la Nueva Evangelización fue puesto a consideración por los Pontífices anteriores. Por su parte, el Beato Papa Pablo VI observaba con gran providencia que el empeño de la evangelización debía ser nuevamente promovido con fuerza y con mucha



urgencia, dada la descristianización de muchas personas. Además, fiel a la enseñanza conciliar, agregaba que la acción evangelizadora de la Iglesia debe buscar constantemente los medios y el lenguaje adecuados para proponerles la Revelación de Dios y la fe en Jesucristo (La Nueva Evangelización para la Transmisión de la Fe Cristiana, 12).

Luego, el San Juan Pablo II hizo, en su Magisterio sintetizó en el concepto de Nueva Evangelización el deber que incumbe a la Iglesia hoy, en particular en las regiones de antigua cristianización. Hacía referencia a las naciones en las que en un tiempo la religión y la vida cristiana fueron florecientes, que eran capaces de dar origen a comunidades de fe viva y operativa, pero que están ahora sometidos a dura prueba y son radicalmente transformados por el continuo indiferentismo, el secularismo y el ateísmo; naciones del llamado Primer Mundo, que sostienen una existencia vivida como si no hubiera Dios. Y por ello es necesario una nueva evangelización (La Nueva Evangelización para la Transmisión de la Fe Cristiana, 13). Además, aseguraba que es preciso comprometerse con la Nueva Evangelización, inventar, programar, ejecutar con nuevo entusiasmo, y con nuevos métodos (Basso, 2012, pág. 3).

También fue tema frecuente en el Magisterio de Benedicto XVI. Se hablaría de “la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe”, la misma que consistiría en llevar a Dios a los hombres y mujeres de hoy, especialmente a los más alejados, porque vivimos como si Dios no existiera. Afirmaba la necesidad de redescubrir cada vez más la urgencia y la belleza de anunciar la Palabra para que llegue el Reino de Dios, predicado por Cristo mismo (Basso, 2012, pág. 3). Y en resumen se dirá, que ésta exige que la Iglesia sepa discernir los signos de la acción del Espíritu, orientando y educando sus expresiones, en vista de una fe adulta y consciente hasta alcanzar la plena madurez en Cristo (Ef 4, 13) (R. Berzosa, G. Galetto, 2012, p. 44). Con todo ello, se podía decir, que:

La Nueva Evangelización es más bien un proyecto pastoral de toda la Iglesia, que obliga a releer las verdades de fe, teniendo en cuenta la nueva realidad, de tal forma que estas verdades de fe penetren y transformen la nueva realidad social, cultural y religiosa, nacida de las propuestas de la modernidad y de la postmodernidad (R. Galetto, G. Berzosa, 2012, pág. 38).

Actualmente, con estilo propio, el Papa Francisco aporta con la tarea de la Nueva Evangelización. Desde su experiencia de Dios y de Iglesia, él nos enseña primero a ser conscientes que haber recibido el Evangelio es motivo de alegría, que llena el corazón, porque nos hemos encontrado con la Persona de Jesucristo, que a su vez debe ser comunicado (EG, 1). Que no podemos contener el deseo de anunciarlo, por ser un bien que hace bien a los demás, ya que todos tienen el derecho de recibir el Evangelio (EG, 9). Y, para eso, debemos ser una Iglesia en salida misionera dispuesta a anunciar y a mostrar la misericordia de Dios, corazón palpitante del Evangelio, que por su medio debe alcanzar la mente y el corazón de toda persona. Pues, asegura Francisco que aquello es seguir el comportamiento del Hijo de Dios que sale a encontrar a todos, sin excluir ninguno; ya que hay tantos necesitados de misericordia en el camino de la vida, pero sin olvidar testimoniar en primera persona la misericordia (MV, 12). Además, como Iglesia hay que tener capacidad de curar las heridas y dar calor a los corazones de los fieles, cercanía, proximidad, a modo de una tienda de campaña.

Durante una audiencia, el Papa mencionó importante para la Nueva Evangelización: la primacía del testimonio, la urgencia en el ir al encuentro, y el proyecto pastoral centrado en lo esencial. Aseguraba que especialmente en estos tiempos, se necesita de testimonios creíbles que con la vida hagan visible el Evangelio, y despierten la atracción por Jesucristo, por la Belleza de Dios; que todo bautizado sea un cristóforo, es decir, portador de Cristo. Que es necesario salir hacia los demás, dialogar con todos, tengan más o menos fe, sin miedo y sin renunciar a nuestra pertenencia. Porque la Iglesia es enviada a despertar esta esperanza en todas partes, especialmente donde es ahogada por condiciones existenciales difíciles, a veces inhumanas, donde la esperanza no respira, se sofoca, y éste lugar necesita el oxígeno del Evangelio. Y por último, que no se hace una pastoral a ciegas, al azar, a la improvisación; se centra en lo esencial –en Jesucristo–, pues no vale dispersarse en tantas cosas secundarias o superfluas, sino concentrarse en la realidad fundamental, como lo es el encuentro con Cristo, con su misericordia, con su amor, y amar a los hermanos como Él nos ha amado (es.aleteia.org).

Desde luego, queremos llevar a cabo la Nueva Evangelización, y para ello, el gran teólogo Walter Kasper reconoce primero que:

Nos vemos confrontados con una situación compleja y confusa: con un mundo en gran medida secularizado y una razón instrumental orientada a los empíricamente constatable y verificable, que además se guía por intereses personales, económicos y políticos, y cree poder arreglárselas sin Dios; por otra parte, hoy como antaño hay muchos creyentes practicantes y comprometidos, numerosas personas que inquietan y buscan con seriedad, y nuevos –si bien con frecuencia ambivalentes– resurgimientos religiosos (Kasper, El Evangelio de Jesucristo, 2013, pág. 282).

A lo anterior, añade el pluralismo vigente, y una situación pagana que no es “inocente” sino en una situación nacida de una decisión contra la cultura precedente, determinada por el Cristianismo. Desde luego, una segunda evangelización, no puede llevarse a cabo sin conversión y cambio de mentalidad, que comience por nosotros mismos. En esta compleja situación no disponemos de una teología natural generalmente aceptada en la que pueda fundarse el anuncio del Evangelio. La Iglesia debe volver a sacar a la luz la dimensión religiosa con la que supo enlazar la primera evangelización, ayudando a que sean descubiertas de nuevo las preguntas religiosas naturales. La Iglesia parte más bien de la convicción de que la pregunta por Dios está inscrita en el corazón de toda persona (Rom 2, 14ss) y de que el Evangelio, como Sabiduría de Dios y luz del mundo, tiene fuerza para desenterrar la sepultada dimensión religiosa, creando así de nuevo lo que se conoce como teología natural. En este sentido, es urgente retomar la pregunta por la relación entre fe y saber. Sin embargo, no conviene dejarse llevar por la ilusión de que en el futuro pueda existir una armoniosa relación y una síntesis entre la Iglesia y la cultura, entre la fe y el saber; pues, nunca en el pasado ha existido esa armonía –es más, por principio no puede darse en este mundo–. Los poderes hostiles al Evangelio alzarán la cabeza asimismo en el futuro y opondrán resistencia a la Buena Noticia. Por consiguiente, la Nueva Evangelización, al igual que la antigua, no puede desarrollarse al margen de conflictos (Kasper, El Evangelio de Jesucristo, 2013, págs. 282-283).

Ahora, luego de ser conscientes de la situación actual, es momento de considerar algunas concreciones pastorales para la Nueva Evangelización. Anotamos algunos aspectos teológicos básicos (Kasper, El Evangelio de Jesucristo, 2013, págs. 284-304):

- **Volver a hablar de Dios:** que Dios sea materia de conversación (redescubrir el misterio de la vida); ante el misterio de Dios no puedo callar sino que, como es un Dios vivo que habla, entonces yo también puedo comunicarme con Él (la Nueva

Evangelización como escuela de oración); ver que Dios se hace cercano y manifiesta su amor (Dios como amigo de la vida y la opción por la vida).

- **Volver a partir de Jesucristo:** como la Persona, el rostro humano de Dios que nos da el Evangelio y con quien me puedo encontrar (Jesucristo, mensaje de vida); hablar con sencillez y entusiasmo, pero con la prioridad de una concentración cristológica, para dar testimonio de Él (nueva prioridad pastoral y cambio de paradigma); donde familia, escuela y parroquia transmitan la fe y ayuden a ser cristianos (renovación de la iniciación cristiana y la catequesis).
- **Ser una nueva clase de Iglesia:** como centros de evangelización de acogida y misericordia (renovación misionera de las parroquias); considerando la diversidad de los fieles, la movilidad y donde se sitúan las parroquias (renovación estructural de las parroquias); practicar la comunión de la fe en grupos y hogares (redescubrimientos de las iglesias domésticas); todos en comunión con la Iglesia dispuestos al testimonio social y caritativo (Iglesia en perspectiva universal).

Por otra parte, Italo Gastaldi, mirando la Posmodernidad como una época compleja que debe ser evangelizada, cita algunos puntos a considerar para la Nueva Evangelización: revalorizar la experiencia religiosa; descubrir el verdadero rostro de Dios en Jesús; conocer para que se les comprenda a los hombres de nuestro tiempo; valorar las nuevas formas de vida comunitaria inspiradas en la Teología de la Liberación; a partir de la fe en Dios-Amor aceptar todo lo bueno y bello de la vida, a gozarnos en todo valor humano; invitados al pensamiento humilde evitando los dogmatismos, sistemas cerrados y rígidos que olvidan la riqueza inagotable de lo real; dar un paso hacia una fe dialogante y modesta frente a las culturas y a las otras religiones; respeto a las diferencias debido a la pluralidad de culturas; considerar el desafío que afronta la religiosidad popular; conocer el nuevo contexto de la época; no caer en un irenismo (una actitud conciliadora sostenida por cristianos de confesiones diferentes en el estudio y la exposición de los problemas que los separan) de mala ley; confrontación del Mensaje Cristiano como fundamento; y, una sólida formación teológica permanente en pastores y catequistas (Gastaldi, *Educación y Evangelizar la Posmodernidad*, 1994, págs. 83-94).

La Evangelización ha entrado en una nueva fase. La misión consiste en testimoniar a Jesucristo. Y ante una Nueva Evangelización, como creyentes nuestro deseo es que también los otros, sobre todo los alejados y los que viven al margen de Dios, conozcan a Jesucristo, que para nosotros Él es el sentido de la vida, la felicidad y la alegría; como creyentes no podemos sino querer regalarlo a otros. La fe es un don para ser transmitido (Kasper, *El Evangelio de Jesucristo*, 2013, pág. 304).

En efecto, en eso consiste la Nueva Evangelización: la Persona, la vida, muerte y resurrección de Jesucristo, quien es *el mismo ayer, hoy y para siempre* (Hb 13, 8), quien sigue siendo el contenido de la Nueva Evangelización. Aunque, el testimonio de Jesucristo que da la Iglesia, deba adaptarse a nuestra época compleja con sus cambios. Desde luego, Jesucristo el Hijo de Dios debe ser anunciado al hombre; pues, sin Él el hombre no es, sin Él no es el ser salido del corazón de Dios, amado por Dios y llamado a la bienaventuranza eterna. Por lo tanto, es necesario volver a proponer *de manera nueva la centralidad de Dios, fundamento último de la realidad humana, a la cual no anula sino perfecciona y eleva* (R. Galetto, G. Berzosa, 2012, pág. 147).

## CONCLUSIONES

Sin duda, el mundo avanza y éste cambia, siendo un mundo de complejidades, de nuevos desafíos y de acontecimientos que involucran al hombre, la sociedad y la Iglesia. Así surgió el proceso de Secularización que dio paso a un nuevo contexto histórico.

Podemos identificar mejor la **Secularización** como un proceso iniciado en todas partes hace mucho tiempo atrás y que continúa en marcha. Si bien, anteriormente las realidades temporales y la vida del ser humano se apoyaban en la religión –ya que la referencia a Dios venía dada por la misma cultura, no había espacios estrictamente profanos porque lo religioso impregnaba la vida, el hombre de la época era todo él religioso, y todo acontecimiento se veía como voluntad divina–, pues, este proceso ayuda a reconocer una justa autonomía de las realidades terrenas aceptando que tienen sus leyes propias, su valor propio, independientemente de la religión y sus criterios. Realmente es algo positivo. Pero, que no resulta válido identificarlo con desinterés por lo religioso.

La Iglesia acepta la Secularización, no como un rechazo a Dios, pero tampoco es servirmos de Dios como “tapagujeros” de nuestras ignorancias o impotencias. Implica que el mundo puede explicarse por sí mismo sin que sea necesario recurrir a Dios, y sólo Él es finalmente sagrado y absoluto. Y, por supuesto que, en un mundo que se ha hecho secular, la fe de las personas puede permanecer viva y operante (Gastaldi, *El Hombre un misterio*, 2003, pág. 15). Es importante considerar la frase de Bonhoeffer: “*Ante Dios y con Dios, vivimos sin Dios*”.

El **Secularismo** es diferente a la Secularización: es la versión atea de la Secularización que afirma en su doctrina necesariamente cortar relaciones con Dios, dejando el mundo sumergido en la inmanencia, Dios resulta superfluo y un obstáculo para conseguir la exaltación del hombre debiendo relegar de Él (EN, 55); pero esto conlleva a la deshumanización, con lo que queda negado el hombre en su dignidad y grandeza en cuanto ser creado por Dios –a imagen y semejanza de Dios– y creado para vivir con Dios. Es capaz de atacar a la existencia humana en su totalidad y proscribir la fe de la sociedad (Adolfs, 1967, págs. 115-116), va arrasando con cualquier sentido de ultimidad y de trascendencia de la vida; como un cáncer de la Secularización, ha dado origen a una “cultura horizontal”, incapaz ya de dirigir la mirada al cielo.

Estamos plenamente de acuerdo con la Secularización, más no con el Secularismo; ni mucho menos que éste último llegue a un **Humanismo ateo** donde el hombre es independiente y se convierte en absoluto, es la medida de todas las cosas; donde toda religión es alienante y el hombre se quiere afirmar pero negando a Dios. Pues, un humanismo así, que excluye a Dios, es un humanismo antihumano, resultando un nuevo pelagianismo donde se prescindía de Dios.

Afirmamos que el **hombre** ha sido creado por Dios, a su imagen y semejanza, con capacidad para conocer y amar a su Creador. Gran milagro y digno de toda admiración es el hombre. Dios lo ama con un amor particular, pero no puede considerarse en independencia de Dios; siempre necesita situarse de alguna manera frente a Él y estar con Él, por ser obra de sus manos. No puede prescindir de Dios. La creatura sin el Creador desaparece, se esfuma. El olvido de Dios puede opacar la creatura, pues, fuera de Dios no se puede entender ni se comprender (LS, 65). El hombre es capaz de Dios: “capax Dei”.

La dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. *El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque es creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador* (CEC, 27).

Por eso, no podemos aceptar la autonomía trágica proclamada por el humanismo ateo; sucede que donde no hay Dios tampoco hay hombre. Hay disolución del hombre al alejarse de Dios, y ese humanismo ateo destruye al ser humano. Nosotros queremos un humanismo con Dios, donde el hombre no pierde su dignidad y grandeza dadas por el Creador.

Claro es que, el hombre está ordenado de manera radical e irremplazable a Dios. Está llamado a la felicidad, destinado a la **Bienaventuranza eterna**; *camina hacia su perfección en la búsqueda y el amor de la verdad y del bien* (CEC, 1711). Pues, el deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y solo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar. La vocación suprema del hombre es una sola: la divina.

Además, el hombre halla su **plenitud humana** en Jesucristo, que es el hombre por excelencia, pues, llevó una existencia de hombre profunda e integral. Necesitamos de la ayuda de Cristo, el Hijo que se hace hombre para salvar al hombre. De ahí, que el *hombre*

*se entiende desde el Hombre* (Sobrino, 2007, pág. 449); sucede que el hombre no tiene en él mismo la clave para comprenderse, sino que lo hace en el Hombre: el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Y, en Jesucristo, el Hombre perfecto, podemos conocer al hombre y a Dios al mismo tiempo (Gastaldi, *El Hombre un misterio*, 2003, pág. 243).

Desde luego, la **Iglesia** no puede ser indiferente ante las complejidades del mundo influenciadas por el Secularismo. Ante una nueva condición de la humanidad, la Iglesia, se siente enviada por Jesús y llamada con más urgencia a salvar y renovar a toda criatura para que todo se instaure en Cristo y todos constituyan una sola familia (AG, 1). Anunciando el Evangelio; nos lleva *hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud* (PF, 2). Es que, la Iglesia es don de Dios y portadora de Jesucristo.

Por lo tanto, la Iglesia guía al hombre hacia su meta, quien es llamado a vivir con Dios; por ello no puede aceptar doctrina como el Secularismo porque es contraria a su vocación.

Por supuesto, la Iglesia, en su tarea evangelizadora tiene a bien la **Promoción humana** integral –procurando acercar a Jesucristo y su Evangelio–. Todo lo que atañe a la comunidad de los hombres no es ajeno a la evangelización: entre el Evangelio y la vida concreta, entre evangelización y promoción humana existen vínculos profundos, porque el hombre que hay que evangelizar no es un ser abstracto. Luego, el desarrollo del hombre viene de Dios, del modelo de Jesús Dios y hombre, y debe llevar a Dios. (Rmi, 59). Como una Madre de corazón abierto, la Iglesia acompaña a la humanidad en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean (EG, 24), siempre vigilante a los signos de los tiempos, sobre todo ante procesos que pueden llegar a ser procesos deshumanizantes difíciles de revertir más adelante, pues afectan la vida y la dignidad de la persona (EG, 51).

Ahora, la humanidad que vive un momento de giro histórico a causa del Secularismo, la Iglesia de Cristo está llamada a volver a proponer el Evangelio de Jesucristo, haciendo posible una **Nueva Evangelización**. Porque hoy, las personas viven la propia vida como una verdadera experiencia de desierto, de oscuridad de Dios, de vacío del alma, sin conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre (R. Galetto, G. Berzosa, 2012, págs. 44-45). Por tanto, queremos que la luz de Cristo ilumine todos los ámbitos de la humanidad. Que logre conducir al hombre al lugar de la Vida, a la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da una vida en plenitud. Que sea una misión transversal que afecte



conjuntamente la catequesis y la enseñanza, la liturgia y la actividad pastoral ordinaria, las familias y las parroquias, los seminarios y las universidades. Una tarea urgente para un hombre culturalmente distinto. Sea nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión.

Pero, a conciencia, la Nueva Evangelización no se desarrollará al margen de conflictos, porque siempre habrá poderes hostiles al Evangelio que hagan resistencia. De ahí, es esencial el testimonio de Jesucristo que demos como Iglesia; que mostremos a los demás que Jesucristo es para nosotros el sentido de la vida, la felicidad, la alegría, la plenitud.

# BIBLIOGRAFÍA

## DOCUMENTOS DEL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

1. Constitución Dogmática Lumen Gentium, Concilio Vaticano II.
2. Constitución Pastoral Gaudium et Spes, Concilio Vaticano II.
3. Constitución Sacrosanctum Concilium, Concilio Vaticano II.
4. Decreto Ad Gentes, Concilio Vaticano II.
5. Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi, Papa Pablo VI.
6. Exhortación Apostólica Familiaris Consortio, Papa Juan Pablo II.
7. Encíclica Redemptoris missio, Papa Juan Pablo II.
8. Exhortación Apostólica Postsinodal Verbum Domini, Papa Benedicto XVI.
9. Encíclica Deus caritas est, Papa Benedicto XVI.
10. Carta Apostólica “Motu Proprio” Porta Fidei, Papa Benedicto XVI.
11. Instrumentum Laboris, Sinodo de los Obispos, La Nueva Evangelización para la Transmisión de la Fe Cristiana, 2012, Benedicto XVI.
12. Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium, Papa Francisco.
13. Bula Misericordiae Vultus, Papa Francisco.
14. Encíclica Laudato Si, Papa Francisco.
15. Documento de Santo Domingo, IV Conferencia General.
16. Documento de Aparecida, V Conferencia General.
17. Liturgia de las Horas, Conferencia Episcopal Colombiana.
18. Catecismo de la Iglesia Católica.
19. Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia.
20. Biblia de América.

## AUTORES

1. A. Ruiz, P. (1972). Discurso sobre la Dignidad del hombre. Argentina: Universidad Nacional de Cuyo.
2. Adolfs, R. (1967). La Tumba de Dios . Buenos Aires: Ediciones Carlos Lohlé.
3. Anton, A. (1977). La Iglesia de Cristo. España: Biblioteca de Autores Cristianos.
4. Arroyo, L. M. (2006). Thémata. Revista de Filosofía. Recuperado el 13 de Febrero de 2014: <http://institucional.us.es/revistas/themata/36/N1.pdf>, pp. 211, 217-218

5. Basso, N. (Octubre de 2012). Nueva Evangelización para ser cristianos de verdad. Revista Sin Fronteras N°359.
6. Castiñeiras, J. (1968). Cristianismo en un mundo secularizado. España: Mensajero.
7. CELAM. (1991). Nueva Evangelización. Colombia: CELAM.
8. Consejo Pontificio de la Cultura, (11-13 de Marzo de 2004). Recuperado el 01 de Septiembre de 2013, de [http://www.vatican.va/roman\\_curia/pontifical\\_councils/cultr/documents/rc\\_pc\\_cult\\_r\\_doc\\_20040313\\_where-is-your-god\\_sp.html](http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/cultr/documents/rc_pc_cult_r_doc_20040313_where-is-your-god_sp.html)
9. San Agustín, Confesiones.
10. Cox, H. (1973). La ciudad secular; secularización y urbanización en una perspectiva teológica. España.
11. Denzinger H. (2006), El magisterio de la Iglesia : enchiridion symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum. España: Herder.
12. Dolby Múgica, M. del Carmen (1993). El hombre es imagen de Dios: visión antropológica de San Agustín. España: Eunsa.
13. Estrada, J. A. (2006). El Cristianismo en una sociedad laica. España: Desclée De Brouwer.
14. Galeano, A. (2012). Jesucristo Un viviente misterioso. Señor y meta de la historia. Colombia: San Pablo. Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
15. Galot, J. (1972). Hacia una nueva Cristología. Bilbao: Mensajero.
16. Gastaldi, I. (1994). Educar y Evangelizar la Posmodernidad. Quito: Abya Yala.
17. Gastaldi, I. (2003). El Hombre un misterio. Quito: Abya Yala.
18. Guades, L. (2012). [www.claretianformation.com](http://www.claretianformation.com). Recuperado el 01 de Abril de 2013, de <http://www.claretianformation.com/es/claretian-books/claretian-vocation-directory/190-capitulo-1-la-vocacion>
19. González-Carvajal, L. (2003). Cristianismo y Secularización. Santander: Sal Terrae.
20. Iguacen, G. F. (1973). Secularización y mundo contemporáneo. España: Icce.
21. J. Cervantes, w. (2003). Recuperado el 01 de Octubre de 2013, de [www.foroellacuria.org/publicaciones/Religionhoy.htm](http://www.foroellacuria.org/publicaciones/Religionhoy.htm)
22. Jorge Luis Zarazúa Campa, f. (13 de Mayo de 2010). Recuperado el 25 de Septiembre de 2016, de <https://zarazua.wordpress.com/2010/05/13/el-drama-del-humanismo-ateo-2/>

23. J. M. Rubio Ferreres. (1998). GAZETA DE ANTROPOLOGIA. Recuperado el 01 de Septiembre de 2013: <http://hdl.handle.net/10481/7541>
24. Kasper, W. (2013). El Evangelio de Jesucristo. Santander: Sal Terrae.
25. Kasper, W. (2013). La Iglesia de Jesucristo. España: Sal Terrae.
26. Kloppenburg, B. (s/a). Naturaleza y Misión de la Iglesia. Colombia: ICLA Manizales.
27. Kung, H. (2007). El Cristianismo Esencia e Historia. Madrid: Trotta.
28. Kung, H. (2007). El Cristianismo Esencia e Historia. Madrid: Trotta.
29. Leclercq, J. (1964). La Vida de Cristo en su Iglesia. Bilbao: Desclée De Brouwer.
30. Medina, R. L. (03 de Noviembre de 2012). prezi.com. Recuperado el 13 de Febrero de 2014, de prezi.com: <http://prezi.com/zrulgwnrofln/humanismo-ateo/>
31. Monod, Jean-Claude, (2007). Qué es la laicidad. España.editorial Proteus.
32. Padilla, C. (Julio de 2007). Recuperado el 01 de marzo de 2015, de <http://www.jesucristo.net>: <http://www.jesucristo.net/HistoriaIglesia.htm>
33. Peregó, A. (1964). La Gracia. Barcelona: Editorial Litúrgica Española.
34. R. Galetto, G. Berzosa. (2012). Hablemos de una Nueva Evangelización. España: Desclée De Brouwer.
35. Rahner, K. (1975). Cristología; estudio teológico y exegético. Madrid: Cristiandad.
36. Roszak, P. (2011). Revista “Scripta Theologica”. Recuperado el 01 de Abril de 2014, de [http://www.academia.edu/4886188/El\\_hombre\\_ante\\_Dios.\\_Comentario\\_de\\_Tomas\\_de\\_Aquino\\_al\\_Salmo\\_8\\_a\\_la\\_luz\\_de\\_sus\\_fuentes](http://www.academia.edu/4886188/El_hombre_ante_Dios._Comentario_de_Tomas_de_Aquino_al_Salmo_8_a_la_luz_de_sus_fuentes)
37. Rubio, M. (1992). El Contexto de la Modernidad y de la Postmodernidad. En Mariano Vidal, Conceptos fundamentales de ética teológica. Madrid: Trotta.
38. Saavedra, A. (2005). Formación de la Conciencia en Valores. Desafíos Crisis y Propuesta. Lima.
39. Santo Tomás de Aquino, Suma Teológica.
40. Sobrino, J. (2007). La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas. Madrid: Trotta.
41. Torres-Queiruga, A. (1995). Recuperar la salvación. Santander: Sal Terrae.
42. Uríbari, G. (2008). La singular humanidad de Jesucristo. Madrid: San Pablo.
43. Velasco, J. M. (1978). La Religión en nuestro mundo. Salamanca: Verdad e Imagen.

## INTERNET

1. Apostoloteca. (s/a). [www.dsanjuan.org](http://www.dsanjuan.org). Recuperado el 01 de Abril de 2014, de [http://www.dsanjuan.org/apostoloteca/pascuas/pas05/temario/01miercoles/la\\_dignidad\\_de\\_la\\_persona\\_humana.htm](http://www.dsanjuan.org/apostoloteca/pascuas/pas05/temario/01miercoles/la_dignidad_de_la_persona_humana.htm)
2. Dicasterio para el Clero. (25 de Junio de 2004). [www.clerus.org](http://www.clerus.org). Recuperado el 01 de Septiembre de 2013, de <http://www.clerus.org/clerus/dati/2004-06/25-15/dssecul.html>
3. Groth, B. (2012). [www.mercaba.org](http://www.mercaba.org). Recuperado el 13 de Febrero de 2014, de [www.mercaba.org: http://www.mercaba.org/DicTF/TF\\_humanismo\\_3.htm](http://www.mercaba.org/DicTF/TF_humanismo_3.htm)
4. Kappelman, T. (s.f.). [www.ministeriosprobe.org](http://www.ministeriosprobe.org). Recuperado el 01 de Marzo de 2014, de [www.ministeriosprobe.org: http://www.ministeriosprobe.org/docs/bonhoeffer-esp.html](http://www.ministeriosprobe.org/docs/bonhoeffer-esp.html)
5. Martínez, R. (s/a). [www.mercaba.org](http://www.mercaba.org). Recuperado el 01 de Marzo de 2013, de <http://www.mercaba.org/FICHAS/CREACION/114-5.htm>
6. Montero, A. d.-B. (17 de Enero de 1999). Semanario Teológico “Iglesia en Camino”. Recuperado el 08 de Octubre de 2013, de Semanario Teológico “Iglesia en Camino”: <http://www.christusrex.org/www1/camino/cal-17-99.html>
7. Rosa, E. (2009). Recuperado el 01 de Abril de 2014, de [http://parroquiascapuchinas.blogspot.com/2009\\_02\\_01\\_archive.html](http://parroquiascapuchinas.blogspot.com/2009_02_01_archive.html)
8. Salvati, G. M. (s/a). [www.mercaba.org](http://www.mercaba.org). Recuperado el 01 de Abril de 2014, de [http://www.mercaba.org/VocTEO/D/dignidad\\_del\\_hombre.htm](http://www.mercaba.org/VocTEO/D/dignidad_del_hombre.htm)
9. [s.aleteia.org](http://es.aleteia.org), <http://es.aleteia.org/2013/10/15/papa-francisco-la-nueva-evangelizacion-consiste-en-dar-esperanza/>,
10. [www.bibliatodo.com](http://www.bibliatodo.com). (2016). [www.bibliatodo.com](http://www.bibliatodo.com). Recuperado el 01 de Septiembre de 2016, de [www.bibliatodo.com: https://www.bibliatodo.com/Diccionario-biblico/promocion-humana](https://www.bibliatodo.com/Diccionario-biblico/promocion-humana)
11. [www.mercaba.org](http://www.mercaba.org). (s.f.). [www.mercaba.org](http://www.mercaba.org). Recuperado el 01 de Septiembre de 2013, de [www.mercaba.org: http://www.mercaba.org/DicTF/TF\\_secularizacion\\_y\\_secularismo.htm](http://www.mercaba.org/DicTF/TF_secularizacion_y_secularismo.htm)
12. [www.zenit.org](http://www.zenit.org). (03 de Febrero de 2011). [www.zenit.org](http://www.zenit.org). Recuperado el 01 de Marzo de 2014, de <http://www.zenit.org/es/articulos/la-nueva-evangelizacion-segun-monsenor-fisichella>